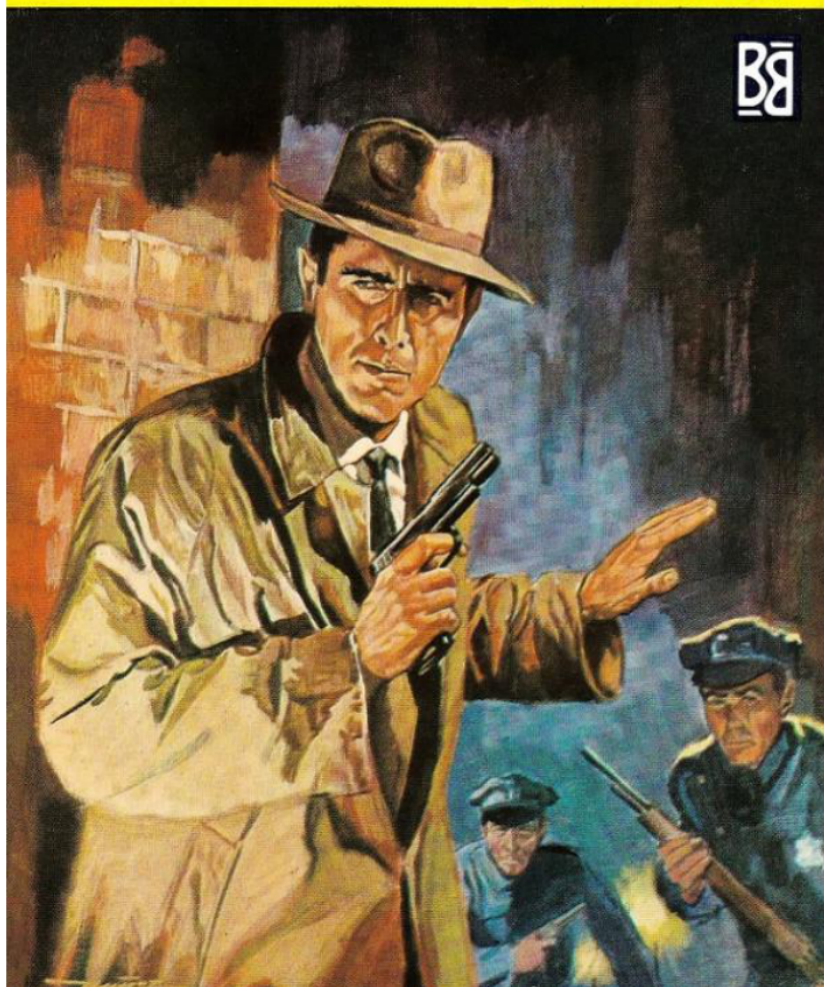


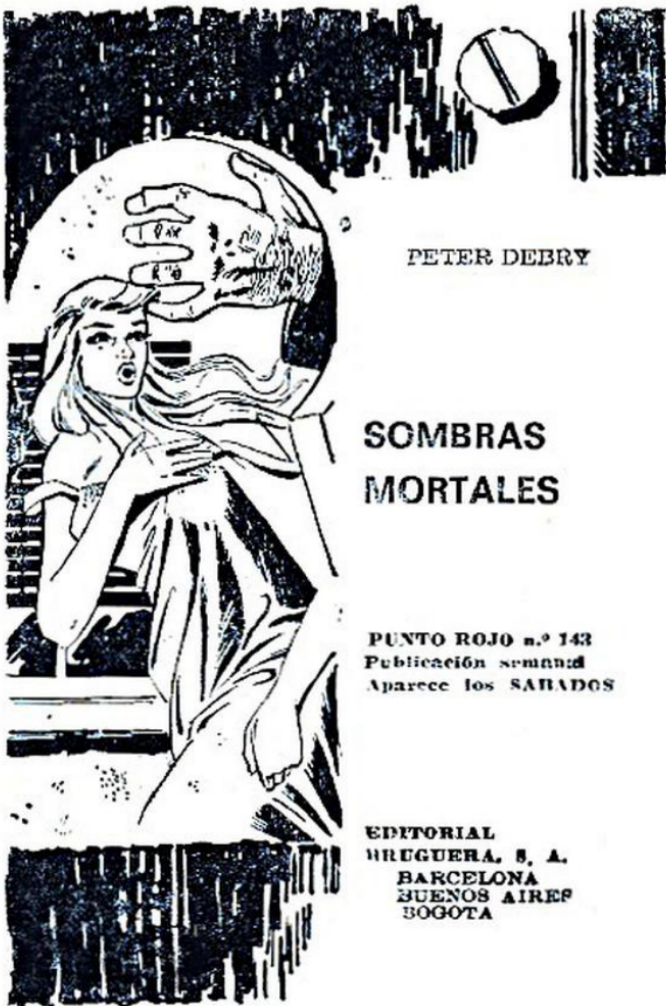
PUNTO
ROJO

sombras mortales

peter debry

B&B





PETER DEBRY

SOMBRAS MORTALES

PUNTO ROJO n.º 143
Publicación semanal
Aparece los SÁBADOS

EDITORIAL
URUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ

SOMBRAS MORTALES

PETER DEBRY

PUNTO ROJO n.º 143
Publicación semanal
Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL: B 30442-1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN: enero 1965

© PETER DEBRY— 1965
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© ANTONIO BERNAL— 1965
SOBRE LA CUBIERTA

N R. 6942/64

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

517 - La ruta de los pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

723 - La Mafia y yo.

En Colección BÚFALO:

229 - El fortín de los rebeldes.

En Colección CALIFORNIA:

77 - Un póker llamado muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:

93 - Espuelas rencorosas.

En Colección COLORADO:

28 - Cachorro de *gun-man*.

En Colección PUNTO ROJO:

67 - F. F. ha sido secuestrada.

En Colección METRALLA:

16 - Pánico en Saint Tropez.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

114 - Los marcados del Caribe.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

32 - Nuestra temible difunta.

CAPÍTULO PRIMERO

—Tu temor es infantil, Ginette. Aquí no vendrán a registrar. En este caserón estamos tan seguras como si estuviéramos lejos de Francia.

—Sin darte cuenta, hablas como queriendo convencerte a ti misma, Denise. Yo adoro París, pero ahora no sé lo que daría para encontrarme a miles de kilómetros. Hace más de quince días que mis nervios van cediendo poco a poco. Nunca he sido tímida ni aprensiva... Puedes sonreír. No me ofendo, ¿sabes?

—Es cierto que nunca fuiste una tímida precisamente, Ginette. Pero tienes la exuberancia imaginativa de tu temperamento meridional.

—Sí, nací en Marsella, y trato de disimularlo lo mejor que puedo. Reconozco que no poseo tu control temperamental, querida.

Denise Danglas encogió los hombros con infinita laxitud:

—Es del género tonto que nos comportemos como dos enemigas, Ginette. Me he limitado a exponerte que aquí estamos seguras, y no vendrán... Ni siquiera se les ocurrirá imaginar que tú y yo podamos estar escondidas en este aristocrático barrio.

—Triste época la que nos ha tocado vivir, Denise. Escondidas como si fuéramos... yo qué sé. Necesito mis comprimidos para poder dormir. Sin ellos no puedo... Los terminé anteayer.

A medida que hablaba, iba en aumento el nerviosismo de Ginette Prevost. Mirando las gruesas paredes como si tras ellas alentase algo terrorífico, agregó:

—Sabes que no puedo descansar sin mí «Gardenal». Lo necesito, y por favor, no vuelvas a hacerme una conferencia amistosa sobre la falta de voluntad. No habrá peligro. Me basta con atravesar el puente y al inicio del bulevar Sully está la farmacia. No puedes impedirme que salga, Denise, no, puedes...

—Ni lo pretendo, pero quiero hacerte observar una verdad

indiscutible. Mientras permanezcas aquí dentro, sin salir, podrás aburrirte, pero luego ya recuperarás el tiempo perdido. La calma renacerá, apenas las cosas vuelvan a su estado normal. Hace ya cinco días que duran las fiestas.

—¿Fiestas? Según el color del cristal por dónde se mire... ¡Fiestas! Te lo he explicado muchas veces, pero no importa... Yo misma presencié cómo llevaban a rastras a Vivianne... Tenía la cara hinchada y aullaba de miedo. Sí, aullaba como un perro. No tenía nada de humana, porque el terror y el sufrimiento... ¡No puedo más, Denise! Yo no tengo tu valor. ¡Si no tomo mis comprimidos, me volveré loca! Tengo que dormir, para poder olvidar... Dormir pesadamente, sin pesadillas, sin verme siempre seguida por una sombra amenazadora... ¡Voy a salir y no me lo impedirás!

—Haz lo que quieras, Ginette —murmuró su amiga, apenada.

Ginette Prevost, al salir a la calle, echó sobre sus negros cabellos el capuchón del impermeable. Lloviznaba, y la penumbra que, acentuándose, envolvía el tranquilo y aristocrático barrio parisino de la Isla Saint-Louis, impregnaba una mayor quietud a sus antiquísimas fachadas y sus calles silenciosas.

Los parisienses la llamaban «La Isla Encantada». Refugio de gente taciturna, encerrando en sus mansiones siglos de tradición, cuando apenas a cinco minutos, cruzando uno de los dos puentes sobre el Sena, surgía la ciudad ruidosa, moderna y febril.

Para Ginette Prevost, aquella misma calma ambiental parecía ocultar una latente amenaza. Creía ver de pronto, entre las sombras, alguna moviéndose cautelosamente, avanzando sobre ella, agigantándose...

Aceleró el paso, contraída la boca en crispada mueca donde la decisión luchaba con el pánico. En los diez minutos que, a lo sumo, iba a emplear entre ir a la farmacia y regresar, no le podría ocurrir lo que a la pobre Vivianne.

Todo aquello era injusto, iba pensando. Aunque Denise opinara que durante las «fiestas» fuese natural que se desahogaran los rencores acumulados contra las mujeres famosas, que por uno u otro concepto habían mantenido relaciones con el enemigo ocupante.

Aunque sólo fueran relaciones de simple compromiso contractual debido a su profesión de artista, como era el caso de

ella misma.

Entró en la farmacia, donde solamente había otra cliente, a la que atendía un joven. Se acercó al mármol del mostrador, y el otro dependiente inquirió:

—¿La señora desea...?

—«Gardenal».

—¿Tubo grande o pequeño?

—Grande. Deme tres.

El dependiente permaneció inmóvil. Parecía esperar. Inquieta, Ginette Prevost dejó sobre el mármol un billete de mil.

—La receta, señora, por favor.

Tranquilizada, rió ella, volviendo a hurgar en su bolso.

—¡Qué tonta soy! Aquí está.

Pasaron dos minutos. Ciento veinte segundos para una persona de conciencia tranquila. Ciento veinte dolorosos latidos cardíacos para Ginette, que miraba ansiosamente hacia el fondo del establecimiento.

El dependiente estaba hablando en voz baja con otro hombre, de blancos cabellos, que fue el que se aproximó con la receta entre las manos.

—Buenas noches, señora. Dadas las circunstancias, comprendo muy bien que no pueda usted traer una receta extendida con fecha reciente. Le despacharé un tubo grande, y le ruego que tan pronto pueda obtenga otra receta. De lo contrario, no podré atenderla.

—Sí, señor, sí. Muchas gracias. Es usted muy amable. Mañana mismo iré a ver al doctor Noziers.

Recogió el cambio apresuradamente, y manteniendo apretada en la palma la larga cajita conteniendo el tubo con el soporífero, fue recuperando un poco de su habitual buen humor.

Tenía razón Denise al persuadirla de que no debía imaginarse peligrosas sombras inexistentes.

Y cuando cruzaba el puente Sully, miró hacia atrás. No, nadie la seguía. Y ahora, como podría dormir, ya todo iría mejor. La calma apacible de la Isla Saint-Louis le pareció rebosante de protección, de grato aislamiento.

Pronto la gente se calmaría y todo volvería a sus cauces normales. Quedaban sólo unos cuantos días más de efervescencia.

Al entrar en el patio empedrado que, normalmente, era el acceso

para los coches, se sintió reconfortada, a salvo. La escalerilla que conducía al piso alto, donde se sallaba el alojamiento de la ausente servidumbre, era simpática en su angostura, ascendiendo por entre gruesas paredes medievales.

De pronto, en uno de los anchos peldaños desgastados por el roce de siglos, se detuvo, llevándose la mano al costado izquierdo.

Siempre tenía aquel gesto teatral, cuando algo la sobresaltaba.

La escalera giraba en espiral y estaba convencida de haber visto una sombra alargarse a sus espaldas. Oía una respiración cercana.

Podía ser Denise que bajaba en su busca...

Giró lentamente la cabeza, dispuesta a cerciorarse de que la paralización de sus piernas y el pinchazo en el corazón, se debían a la reacción orgánica de su temperamento imaginativo.

Dilató los ojos y abrió la boca para lanzar un chillido de terror, pero el hombre que se adhería a su espalda, sonriendo en rictus cruel, apretó, sin contemplaciones, la ancha mano contra sus labios.

Iba recobrando los sentidos. Estaba reclinada a lo largo de un sofá. En la sala, que en tiempos normales era empleada como lugar de recepción para la servidumbre cuando la reunía el mayordomo.

Pero ahora no tenían nada de serviles los tres hombres que se mantenían en pie, expectantes. Jóvenes y vistiendo casi Igual. Una boina negra, canadiense con cuello de piel parda, pantalón de motorista y botas ceñidas hasta bajo las rodillas, por cordones de cuero.

Un cinto con revólver, y al brazo izquierdo una franja tricolor. Uno se adosaba junto a la ventana, el otro examinaba la armadura de la otra esquina, y el tercero, el mismo que había surgido a espaldas de ella, en la escalera, se sentaba frente al sofá, abrazando el respaldo de una silla.

Sus ojos azules rebosaban de rencorosa satisfacción. Hablaba suavemente:

—Ya pasó el susto, estrellita. Sí, así te llamaban tus amigos los teutones... Te vimos por casualidad, cuando entrabas en la farmacia. No te diste cuenta que te seguíamos, porque no has estado en el *maquis* y, lógicamente, no tienes práctica en esta materia. Nosotros, sí. Cuando tus amigos, los Frita, nos rodeaban de sombras erizadas de metralletas, aprendimos a ser sombras... Adquirimos un gran entrenamiento, ya lo has comprobado... Hemos sido tu sombra

fiel y mortal.

Ginette Prevost tragó saliva repetidamente, antes de poder encontrar palabras muy meditadas y sinceras:

—No eran mis amigos. Yo no tuve la culpa si, en los estudios cinematográficos donde trabajaba, el capital francés fue sustituido por dinero alemán. Yo no participé en ningún acto que pueda ser considerado como antipatriótico.

—Entonces, ¿por qué te escondías como una ratita?

—Tenía miedo a los excesos incontrolados de los primeros días, porque si no me daban tiempo a explicarme... como me habían visto mucho en compañía de Herwitz... Pero Herwitz era el agregado comercial, el socio consejero del estudio donde yo trabajaba.

—Sí, pero era también el hombre de la Gestapo de todos los estudios. No vas a decirme ahora que ignorabas que mientras él te regalaba joyas y abrigos de pieles, firmaba también penas de muerte contra estrellitas como tú... Parecidas a ti por su estampa provocadora, pero muy distintas a ti, perra... ¡Ellas murieron por ayudar a la resistencia! Fueron fusiladas porque luchaban para que París volviera a ser propiedad de los franceses de buena cepa.

—Yo... ¿yo qué podía hacer, amigos míos?

—¡Calla, perra! ¿Nosotros tus amigos? Cada vez que tu amigo Herwitz te contaba que habían liquidado a unos cuantos resistentes, brindabais con champaña francés. De momento, como preludio de lo que te espera, vas a perder estos hermosos cabellos negros. ¿Llevas la maquinilla, Robert?

El que estaba junto a la ventana, rió con aspereza:

—No la llevo, pero aunque la llevase... Esta ciudadana me da asco. Y más cuando pienso que hace unos años, estaba yo enamorado de ella y no me perdía una sola de sus películas... Me parecía una morena estupenda, en cuerpo y alma. Bueno... Pégale ya un tiro, y vámonos.

Saltando en pie, convulso el semblante, tendió ella unas manos suplicantes:

—¡Por vuestra madre! ¡Por lo que más queráis! Yo... Llevadme ante los tribunales, y pagaré con años de cárcel si es preciso, pero no... ¡no merezco morir!

Estalló en sollozantes gemidos, cubriendo el rostro con las

manos.

El que hasta entonces había llevado la voz cantante, se encogió de hombros, íntimamente molesto:

—Eso es. Ahora a llorar... Pero antes, te diste la gran vida. No te faltó nada. Buenas comidas y cama calentita, mientras nosotros roíamos raíces y los hoyos donde queríamos dormir, se convertían muchas veces en fosa. Y no llorabas cuando caían los nuestros, ¿verdad?

—Fui cobarde... ¡Lo reconozco, lo confieso! Pero soy muy francesa y también me alegra que ellos se hayan ido. Yo, en el fondo, los despreciaba a los *boches*.

Había avanzado el busto y ahora se echó hacia atrás, porque el hombre frente a ella, iba a cruzarle la cara en revés.

El que hasta entonces había estado examinando minuciosamente la armadura, intervino acercándose:

—Ya sabes lo que pasará, Ernest. La llevaremos a la cárcel, y cualquier abogadillo la sacará de apuros con un par de meses de condena. Robert tiene razón. Una bala y sanseacabó.

Ginette Prevost oyó el ominoso chasquido del seguro del revólver al ser retirado.

Se abalanzó en línea recta, corriendo velozmente.

Su magnífico cuerpo atravesó los cristales. Un prolongado y agudo chillido escalofriante fue decreciendo a medida que Ginette caía.

Luego, un sordo choque contra el asfalto. Y un silencio opresivo.

CAPÍTULO II

—Vaya, vaya... Estaréis muy orgullosos de vosotros, ¿verdad, muchachos?

—No pudimos impedirlo, inspector. Armand no pensaba matarla. Era tan sólo una pequeña revancha. Queríamos verla sudar un poco, temblar de miedo, por todos los sudores y sustos que nosotros pasamos. Pero la muy imbécil fue a tirarse por la ventana... Y no pudimos impedirlo. Palabra que no.

El inspector Abel Larzac tenía fama de calmoso y fríamente agresivo. Dijo amablemente:

—Tengo edad suficiente para consideraros unos mocitos atolondrados. Y soy tan francés como tú, Ernest; como tú, Robert, y como tú, Armand. Y como ella.

Señaló hacia el bulto, cubierto por una lona, en la camilla que dos hombres estaban transportando hacia la ambulancia.

En el interior de la casa, los agentes de la sección del inspector Larzac, estaban efectuando un registro.

Bajo la galería cubierta que daba al patio, y cuando se hubo marchado la ambulancia, los tres jóvenes, un instante cohibidos, recuperaron su aplomo.

Ernest Dupont declaró con acritud:

—Mi conciencia nada me reprocha, inspector.

—Dime de lo que presumes y te diré de lo que careces, hijo. Hoy sí, hoy sí, tu conciencia nada te reprocha, porque te sientes muy ufano en tu papel de guerrillero superviviente. Me habéis descrito muy bien el alarido que ella lanzó al arrojarle desde el tercer piso. Este grito lo oiréis muchas noches, toda vuestra vida... salvo que no seáis lo que me parecéis: unos muchachos endurecidos por las recientes calamidades. Algunos, volveréis a ser casi normales. Otros... desgraciadamente, seréis clientes míos o de mis colegas.

Robert Leduc exclamó ceñudo:

—¡Estaría bueno! Encima, ¿nos va usted a poner las esposas? Le avisamos por teléfono, apenas... se estrelló la chica, ¿no? Pudimos muy bien escapar y hubiera sido un suicidio, ¿no? O sea, que nos sentimos respetuosos con la rutina y ya lo estáis oyendo, compadres. El señor inspector defiende a una *colabó*^[1].

—Bah, bah, no pretenderás colocarme el disco a mí, muchacho. Esta chica ni era *colabó* ni podía ser Juana de Arco. Fue simplemente una oportunista y nada más. En fin, las moralejas para los filósofos... Mañana a las diez en punto, pasad por mi despacho. Rutina, sí, vulgar rutina. Va siendo hora que os deis cuenta de que la vida se compone de muchas rutinas que tendréis que respetar, apenas soltéis el equipo de guerrilleros. La patria os agradece los servicios prestados, pero ¡concho!, ya es hora de que volváis a la Universidad o al taller. Dejad que los tribunales y los profesionales como yo, se ocupen de sopesar lo que sea o no delito, y cumplan lo mejor que sepan con su obligación.

—Habría mucho que hablar sobre eso, amigo —se engalló Leduc—. Muchos jueces y policías, a la hora de cumplir con sus obligaciones, se rajaron.

El inspector Larzac se rascó con el pulgar, el centro de su espeso bigote en cepillo. Sobresalieron sus maxilares, mientras sus ojos contemplaban fríamente al que acababa de hablar.

Fue Armand Dupuis el que intervino con cierta precipitación:

—No te sientas juez, Robert. Al fin y al cabo, el inspector no nos ha dicho nada ofensivo hasta ahora.

—Eso es, muchachos. Y por lo tanto, para evitarlo, largaos pronto, ¿queréis?

Pero Robert Leduc tenía en su canadiense el pasador acreditando tres citas al valor personal. Gritó:

—¡Me voy a achicar! Sí, hombre. ¡Me voy a achicar! ¿Qué tiene que reprochamos este hombre? ¿Acaso la arrojamos nosotros por la ventana? Y aunque así fuera, ¿cuántos de los nuestros...?

—Ya está bien, Robert. Vámonos —volvió a intervenir Dupuis.

—¡Largaos vosotros, pero este hombre, por más inspector que sea, para mí no es más que otro emboscado de los tantos! ¡Hala! ¡Lléveme a la Comisaría si quiere, pero antes voy a desfogarme!

Abel Larzac exhibió una extraña sonrisa: parecía la mueca de un mastín queriendo morder y, a la vez, reteniendo su impulso. Dijo

cansinamente:

—Dejadle que se desfogue. No le han bastado los años de ocupación enemiga. El muchacho es muy fogoso... Anda, anda, Robert; no me perdonéis la vida y acompaña a tus amigos a tomar un coñac. Doble. Te hará falta, porque para suerte tuya, no eres el «duro» que pretendes ser. Es tu propio remordimiento el que te impulsa a hablar así. Quisisteis hacer sudar de miedo a Ginette Prevost, como explicó Ernest... Ahora, para ella, se acabaron los apuros, pero a vosotros os quedan años por delante, para seguir oyendo el alarido con el cual la actriz corrió el telón final. Mañana, a las diez, en mi despacho.

El inspector Larzac entró por el zaguán que conocía, como un túnel, al otro lado del patio interior, que a cada lado tenía escaleras de acceso a las dos alas del palacete del conde Jean Eglantier.

Los tres resistentes permanecieron un instante contemplando el cercano charco oscuro donde, poco antes, como una muñeca desarticulada, en horrenda y grotesca postura, estuvo Ginette Prevost.

Dijo Armand Dupuis:

—Vámonos ya... No debiste hablarle así al viejo, Robert. Tienes mala memoria.

—¿Qué mil demonios pasa aquí? ¿También tú, como Ernest, mirándome con reproche?

Los tres iban ya hacia la calle.

Dupuis expuso incisivamente:

—Estarías en algún otro sector y no te enteraste. Pero en marzo del año pasado, había un Larzac por el Loira. Un chico temerario, de diecisiete años. Primero le embromamos, porque su padre era inspector de policía.

—¡Caray! Si Larzac es tan magnánimo que sabe perdonar, yo no.

—Su hijo murió fusilado y Larzac se ofreció voluntario, encargándose del servicio de *requisa* hasta la liberación de París.

La *requisa* había sido, para los resistentes, la misión considerada más suicida. Consistía en apoderarse de los automóviles alemanes, yendo, a veces, a buscarlos en sus propios cuartelamientos.

—Caray... —masculló Leduc—. Pudisteis decírmelo antes, ¿no?

—No hubo tiempo. Yo no sabía que era Abel Larzac el que estaba de servicio, cuando telefoneamos. Anda, vamos a beber un

trago. Nos hace falta.

El inspector Larzac se rascó el centro del bigote con el pulgar, y después, con el mismo dedo, señaló por encima de su hombro hacia la puerta:

—Esperadme abajo, vosotros dos. Usted, Marc, lleve el informe a Comisaría.

Se marcharon los tres policías, y el inspector examinó la estancia. En una silla, Denise Danglas permanecía erguida, lívido el semblante libre de maquillaje.

Tenía manchas de cal en el vestido y un rasguño en la pierna surcaba en línea rojiza la media.

—Mis agentes la encontraron escondida en el interior de una alacena, bien disimulada en esta misma sala —y señaló Larzac una de las paredes, cuyo panel de madera parecía liso y adherido al grueso muro de obra maciza y antigua—. Como todavía no ha sido interrogada, deseo saber cómo se llama usted.

—Denise Danglas.

—Su aspecto me parecía familiar. Ya comprendo la razón. A mi chico le gustaba mucho el cine... Bien, una epidemia general. Hizo usted muchas películas últimamente, ¿verdad?

—Muchas, en efecto.

—Hasta creo recordar el título de una. Algo así como «Los muros rotos».

—«Murallas derruidas» —rectificó ella.

—Eso es. Pude leer el guion argumental, o mejor dicho, la sinopsis. Los alemanes no eran del todo torpes. Se trataba de demostrar que era estúpido mantener murallas de hostilidad entre dos razas que, juntas, podían garantizar la paz y la unión europea. La idea no era mala, pero desgraciadamente, ellos tenían los tanques y nosotros no. Bueno, volvamos al cine. ¿Conocía usted a Ginette Prevost?

—Usted sabe perfectamente que Ginette y yo pertenecíamos al mismo estudio.

—¿Por qué había de saberlo? Era mi chico el aficionado al cine, no yo. ¿Puede explicarme razonablemente lo que hizo usted de seis a siete de esta tarde?

—Pasaban pocos minutos de las seis, cuando Ginette se empeñó en ir a comprar su «Gardenal», porque no podía dormir. Salió, pese

a mis consejos, y unos quince minutos después la sentí subir, pero también escuché otros pasos y rumores... Me escondí allí. Lo oí todo.

—¿Quiere repetirme lo que oyó?

—Ella estaba desmayada...

—¿Cómo lo sabe?

—Hay una mirilla en el panel que cierra la alacena.

—Bien. Prosiga.

—Uno de los tres que entraron la llevaba sobre el hombro y la colocó en este sofá. Mientras esperaban a que Ginette recobrara el conocimiento, uno de ellos dijo a los otros que vigilaran las dos puertas, porque podía haber más traidores escondidos. Ginette, cuando pudo hablar, dijo lo que era la verdad, que fue por su trabajo por lo que conoció a Herwitz, y ellos mencionaron que le iban a cortar el cabello y que le pegarían un tiro... Ginette llevaba dos días con sus noches sin poder dormir. Le fallaron los nervios.

—Usted tiene buenos nervios, Denise.

—Lo que es irremediable no se arregla llorando.

—Cierto. Lo sé por propia experiencia... pero yo lloré. No me avergüenza reconocerlo. Claro que se trataba de un caso muy distinto. En realidad, para usted, Ginette era simplemente una compañera de profesión. ¿Qué tiempo lleva usted aquí?

—Desde el mismo día que entraron en París los franceses libres.

—Tengo entendido que el conde Eglantier, con toda su familia y servidumbre, hace dos años que se marchó a Niza, y por lo visto, espera a que se calme la ciudad para regresar.

—Ignora que estamos aquí. Las llaves las tenía Ginette, porque el hijo del conde se las facilitó hace tiempo, por si ella en un momento dado, tuviera necesidad de esconderse. Trajimos conservas y escogimos estas habitaciones como las más seguras.

—¿Por qué no se fueron a Suiza, por ejemplo?

—Herwitz había prometido a Ginette que nos facilitaría el viaje a Suiza, y esperamos hasta el último momento. Después, ya era tarde. Supimos que varios resistentes habían ametrallado el coche en que iba éste.

—Bien. Su permanencia en esta casa no es ilegal, puesto que fue el hijo del dueño quien le proporcionó las llaves. Puede seguir en ella. Ya no volverán más jóvenes fogosos.

—¿No me detiene?

—¿Por qué habría de hacerlo? Soy policía, y usted, por ahora, no ha cometido ningún delito, comprobado, que requiera su detención.

—¡Usted... sabe que yo protagonicé películas capitalizadas por Hartman!

—Eran malas y pesadas, pero se trata de un delito contra el buen gusto, no incluido en el código penal.

—Usted me desprecia, inspector. Lo leo en sus ojos. Dígalo... Diga ya que me considera una mujerzuela indigna.

—Una ola maniática se ha extendido últimamente por Francia. La gente que tuvo alguna relación con los alemanes, se mortifica en vano. Si fueron relaciones criminosas, pagaron, están pagando o pagarán sus cuentas. Pero por ahora, no es asunto que incumba a la Brigada Criminal. Para la comprobación de estas actividades ya se ha nombrado un organismo competente.

—Hartman y Herwitz eran los dos hombres de la Gestapo en los estudios franceses que estuvieron bajo su control. Se anunció la boda de Hartman conmigo. Todo eso lo leería usted. Soy, pues, una colaboracionista... Lléveme detenida.

—Preséntese al organismo competente.

—Usted sabe perfectamente bien que éste está formado por jóvenes resistentes, que son intolerantes y sin piedad. Muchos juicios son sumarísimos, no controlados por autoridades judiciales. Yo quiero ser juzgada legalmente.

—Aguarde a que pasen unas semanas más y todo volverá a la normalidad. Buenas noches.

La voz femenina, hasta entonces monótona, se hizo suplicante:

—En la cárcel, yo estaría segura, ingresando bajo control policíaco. ¿Usted no puede...?

El inspector Larzac, ya en el umbral, se volvió.

—Puedo, si confiesa usted haber matado a alguien.

—¡Yo no maté a nadie!

—Entonces, lo siento mucho —dijo fríamente Larzac.

Ella dominó su impulso. No debía humillarse tanto. Permaneció sentada, oyendo alejarse los pasos del que bajaba por la escalera de caracol.

Levantándose, se encaminó hacia la sala anexa, desnuda de

mobiliario. Uno de los paneles de madera, encubría el secreto pasadizo ingeniado en el siglo XVI para citas galantes.

Conducía a un dormitorio donde un minúsculo cuarto de baño quedaba aislado de la alcoba mediante un alto biombo.

Delante del suntuoso espejo, Denise Danglas se miró, porque repentinamente sus manos acababan de subir hacia sus oídos, cubriéndolos apretadamente.

Oía aquel grito horrible, inhumano, como el alarido de una bestia malherida y aterrorizada.

Decidió que tendría que dominar sus nervios. Y aquella noche fue la primera vez que Denise buscó alivio en la embriaguez.

Abundaba el champaña viejo y el vino de selectas cepas en la alacena donde se había escondido.

CAPÍTULO III

La placa donde constaban los nombres y la profesión, era de metal plateado, en la que unas líneas azules se veían grabadas formando un fondo plano. Las letras, de matiz oro viejo, anunciaban:

«GABRIEL DUFRETY. DECORADOR».

Ésta estaba colocada entre dos barrotes de la verja de una casa rodeada de jardín, en el barrio exterior de Neuilly.

Se trataba de una avenida sin tiendas, con grandes casas residenciales, en la que algunos artistas afortunados pudieron construirse o arrendar sus «torres de marfil».

Gabriel Dufrety, de origen corso, tenía buen gusto, además de dinero. Este último lo había ganado sacrificando su buen gusto, y atendiendo a la sicología de sus clientes.

Conocía tan a fondo la mezcla de colores, telas y luces, como el gusto ajeno que sonsacaba tras una conversación preliminar en la que actuaba como un verdadero *snoob*.

En su «refugio» se desquitaba pintando. Cuadros que no vendería, pero que colmaban su afición a los colores unidos, suaves, casi desvaídos.

Daba unos retoques a una miniatura, cuando el ama de llaves asomó su faz lunar en el gran estudio que ocupaba toda la anchura de la casita, en su mitad posterior.

—Una señorita al teléfono.

Gabriel Dufrety, de estatura mediana, ancho torso y corto cuello macizo, de luchador, se había «decorado» a sí mismo; los negros cabellos le formaban rizos en la nuca y cuidaba con esmero la triangular pulcritud de su barbita mefistofélica, más llamativa en

contraste con el afeitado labio superior.

El rostro era muy expresivo e irregular. Una cara de actor, decían sus conocidos. En aquel instante, expresó fastidio.

—Las señoritas que lo son de verdad, usted las conoce, Marión. Las que no, que me dejen en paz ahora. Y a las siete de la tarde no recibo pedidos.

Marianne Quimper, bretona, de madura lozanía, sentía un afecto casi maternal hacia su patrón, al que consideraba un simpático orate.

—La señorita quiere tan sólo saber si usted la recibirá ahora. Telefonea desde el pueblo.

Para Marianne, Neuilly seguía siendo un pueblo y no un barrio exterior de la capital.

—Usted, la verdadera imagen de la excepcional sensatez soportable, me está fallando —refunfuñó Dufrety—. Lo primero que debe hacer, es decirme cómo diablos se llama la señorita de marras.

—No quiso decírmelo, por más que insistí. Su interés radicaba en saber si usted estaba en casa. Dije que iba a ver.

—Respuesta convencional que se traduce por: «Está, pero voy a ver si dice que no está». Le apuesto su paga del próximo mes contra mi corbata verde y lila, a que ya colgó el teléfono su señorita.

—No es mi señorita, puesto que ni siquiera sé quién puede ser.

Las discusiones entre el decorador y su ama de llaves adquirían frecuentemente un cariz irracional.

—Por la voz, todas las mujeres son decentes, y si no es su señorita, tampoco lo es mía. Áteme esta mosca por el rabo. Además, usted no ignoraba que me faltan aún dos días para terminar mis quince jornadas de sol a sol, de reclusión completa, ¡carape!

—La señorita que telefoneó parecía muy extrañada.

—¿Le envió su retrato por ondas?

—Hay cosas que se adivinan.

—¿Sí? ¿Adivina ahora quién toca el timbre? Le apuesto a que es... Aguarde, y antes de enfrentarse con el autor o autora de la llamada, déjeme atisbar.

Dufrety atisbo. La luz eléctrica encendida desde dentro, proyectó repentinamente su foco sobre la mujer que se apoyaba en la verja, manteniendo el dedo en el timbre.

Denise Danglas miró hacia arriba, asustada.

—Vaya a abrir, Marión. Lleve a la visitante a mi termos.

El termos era la salita insonorizada en la que Dufrety leía, oía música y meditaba sobre asuntos muy ajenos a la decoración.

Marianne Quimper ya no se escandalizaba por nada, pero su redonda cara expresaba austera reprobación, cuando, ante la puerta que Dufrety mantenía abierta, anunció:

—La señorita que llamó por teléfono.

—Cena para dos, a las ocho, Marión. Menú venusino. Adelante, Denise, cerebro verte.

Cerró él la puerta, y ésta, con una extraña risa plasmada en el hermoso semblante, macizo y sensual, comentó:

—Estás magníficamente instalado, Gabri.

Los azules y anchos ojos de la rubia estrella del cine, tenían un brillo artificial. A instantes, la sonrosar da punta de su lengua asomaba, pasando nerviosamente por los hinchidos labios, pletóricos de vitalidad.

Gabriel señaló el diván, mientras iba a sentarse tras la mesa, dando la espalda a los estantes repletos de libros.

—Estás más atractiva que nunca, Denise. Llamarte bonita es superfluo. Tu belleza es mixta de ángel y diablesa. ¿Qué tal te van los contratos?

Sentándose en el diván, osciló ella un poco el busto de rotunda curvatura. Contestó en tono lúgubre:

—Hace ya once horribles días que París es París.

—Bien... Yo soy apolítico, universal y ecuánime. Pero tengo que rectificar tu frase. Dirás que hace ya once ruidosos días que París pertenece a los parisinos. Como podrás percibir, hay un leve matiz diferencial.

—¿Se me nota mucho, Gabri?

—Depende de lo que desees que se te note, hija.

—Que estoy ebria, beoda, repulsivamente borracha...

—Nada en ti puede ser repelente, mujer. La pítima, curda o melopea que puedas albergar, la llevas con gran dignidad. Apenas se te nota, de no ser por el olorcillo etílico... Siempre he sostenido la teoría de que en los vinos dulces destinados a paladares femeninos, deberían añadir un extracto de violetas o capullos de rosa.

Acodada en sus cruzadas rodillas, apoyando el mentón en las

manos en cuenco, murmuró ella:

—Tú no puedes ser cruel conmigo. Yo no te hice ningún daño.

—Procura recobrar tu calculadora personalidad de mujer gélida, tallada en carne sensual, pero dueña de un sistema nervioso de puro acero. Nada tiene de particular que celebres la victoria con libaciones patrióticas...

—¡Sarcasmos, no! Entre tú y yo no caben ironías, Gabri. Te agradezco que hayas puesto en marcha el ventilador. Empecé a embriagarme la misma noche en que, casi delante de mis ojos, se tiró Ginette por la ventana. Ginette Prevost.

—Recuerdo haber leído la esquila. Pero no aludía a tú presencia, ya que Ginette Prevost figuraba tan sólo en la lista de colaboracionistas ajusticiados.

—Telefonéé porque no estaba segura de que no te hubiera pasado algo, Gabri.

—¿Y qué tenía que sucederme a mí?

—Eras el decorador favorito de Hartman.

—El arte no tiene prejuicios raciales. Y además, que yo sepa, Hartmann no me compró a mí ningún abrigo de pieles.

—Sigues siendo un cínico, Gabri. Tú y Hartman erais muy amigos.

—Mejorando lo presente.

—Tendría que haber supuesto que seguirías siempre igual. Tu cara es dura como el cemento.

—Pero mi corazón es tierno como un susurro de violín.

—Invítame a beber algo, Gabri.

—Agua cristalina con bicarbonato. O sal de frutas, chisporroteante. Elige sin cumplidos.

—Prefiero una taza de café bien cargado.

—Tú misma. ¡Atenta a la maniobra! Ponte en pie poco a poco, eso es, y camina derechita hacia aquel armario. Sacas la cafetera-samovar que siempre está a punto de ignición, enchufas... ¡Ey, alto!

Denise Danglas obedecía como un autómatas. Permaneció inclinada, rozando la pared con la clavija terminal del largo cable conectado a la cafetera.

Desde su sillón, Dufrety tendió la mano señalando un punto a espaldas de la estrella de cine.

—Media vuelta, jarr! Eso es. El enchufe es el redondel negrito.

Siéntate al lado, y cuando oigas el dulce silbidito, será la señal de que se irán llenando las dos tazas. Una para ti, la otra para Bibí.

Cuando la cafetera, siempre preparada, estaba ya ronroneando, rió ella con cierta amargura:

—Las que te llamaban Bibí, decían que eras un cínico espantoso y dueño de un descaro descomunal.

—Siempre se exageran un poco las cualidades ajenas, con tendencia a encontrar la pajilla en la pupila del prójimo y no ver el tronco en el propio. Conste que no quiero adornarme con galas de otros sabios, o cacúmenes... diccionario al canto... En la Biblia se alude ya a la propensión humana a enjuiciar rápidamente a los demás, sin soportar la menor crítica personal. Conste que habló así para disipar el velo circunstancial de tu melancolía. No te preocupes. Lo que no mata, nutre.

—He venido a verte, porque pese a tus insolencias, en el fondo eres noble.

—¡Arrea! Y yo que estaba seguro de mantener celosamente tapada mi nobleza con capas de hormigón armado. Es el sino del romántico solapado. Anda todo soberbio y, ¡zas!, las perspicaces pupilas femeninas de una mujer calculadora le desnudan impúdicamente el alma.

—Yo no fui noble contigo.

—No veo por qué estamos enzarzados en colocar en la balanza nuestras respectivas sangres azules. Tú naciste en una mercería de provincias y yo en una granja colgada en lo alto de un quinto pino de las montañas corsas.

—Sabes muy bien que hablo de Rudolf y el peligro que corriste por culpa mía.

—Aquello ya pasó. Nunca miremos atrás, dijo el capitán, corriendo al galope perseguido por el enemigo... Yo soy como soy, muchacha, pero cuando resbalo, si me rompo un hueso, no le echo la culpa a nadie.

—Hoy puedo explicarte... Rudolf era muy celoso. Me vi obligada a demostrarle que se equivocaba, que yo no...

Titubeó ella, pestañeando. La ayudó él:

—Tuviste que dejar en claro que no me incitaste, ya que esto era lo que Rudolf Hartman se imaginaba. El muy obtuso no supo comprender que, sin la menor invitación por tu parte, me sintiera

yo Romeo, y además me diera por pretender algo imposible: fundir el hielo que te arroja.

—Nunca logré entender aquel incidente, Gabri. Sé perfectamente que nunca te gusté... Y tú sabías que de mí, salvo pasando por los trámites legales, nada podías obtener. ¿Por qué entonces te expusiste a que Rudolf te hiciera pasar un mal rato, haciéndome objeto de un acoso descarado?

—El hombre más sensato, y no es mi caso, tiene arrebatos caprichosos, arrechuchos de locura... Rudolf era muy sensato, y sin embargo... sin la menor metáfora, ¿no perdió la cabeza por ti?

Trémulos los carnosos labios, musitó ella:

—Entonces, ya sabes... que lo degollaron.

Se estremeció, respingando al oír el agudo sonido. Angustiada, se llevó ambas manos a los oídos.

—Nuestro café, señora, está a punto —expuso Dufrety.

Serenándose, comprendió ella que su breve alucinación auditiva se debía al pitido del samovar. Levantándose fue a recoger las dos tazas.

Cuando se volvió, el rostro de él ya no tenía la expresión de un gato al acecho, sino la irónica máscara habitual en él.

—Gracias, Denise. Tus bellas manos son un poema y avaloran cualquier objeto por trivial que sea. Convertirías en esbeltez de cisne el cuello de un pato y darías palidez de poeta al congestionado rostro de un verraco. Eso decían que era Rudolf antes de que unas manos le embellecieran, decapitándolo.

Denise Danglas denegó con la cabeza, entre sorbo y sorbo. Gabriel Dufrety fue asintiendo al ir apurando el humeante líquido. Y dijo:

—Hay obras de arte que se comprende no sean firmadas.

—Yo no fui, Gabri. No fui... aunque lo encontraron degollado en mi piso, el mismo día en que me iba a llevar a Suiza. El día en que las tropas entraron ya libremente en París.

—No debiste echarle azúcar al café, Denise. Amargo, despeja mucho, ¿sabes?

—Yo hubiera podido explotar la muerte de Rudolf, diciendo que yo le maté. Pero tanto si me quieres creer como si no, te confesaré una gran verdad, Gabri.

—Ojo, no seas imprudente.

—¿Imprudente?

—En un momento de debilidad, una mujer confiesa algo. Cuando recobra el sentido común, le coge una ojeriza tremenda al que oyó su confidencia. Adelante, adelante. Con ojeriza o sin, «ojos bellos y crueles, miradme al menos».

—Yo amaba a Rudolf Hartman. ¿Qué me importaba que fuese de la Gestapo? Para mí era un hombre galante, rebosando atenciones, delicadeza y bondad.

—Que empleó su dinero en lanzarte como gran estrella. Me agrada ver que la ingratitud no figura entre tus pequeños vicios.

—La bofetada que Rudolf te dio, te la ganaste, Gabri. Hiciste muy bien en no devolvérsela.

—A veces soy bruto, pero no tanto. Rudolf era un hércules.

—No fue por eso. Tú, en cierta ocasión, diste una paliza a dos tramoyistas que eran mucho más recios que Rudolf. Cuando él te sorprendió intentando besarme, demostraste mucha inteligencia al encajar la bofetada sin reaccionar.

—Aparte de que por unos instantes me quedé alelado, ceñidas mis sienes por un carrusel volador de lustrosos ruiseñores, lo que contuvo mi varonil honrilla de devolverle la torta, fue una visión, que no era ningún espejismo. En el aire, mi pincel mental dibujó los contornos de cierta celda especial donde Rudolf podía hacerme aterrizar a la merced de artistas sanguinarios.

—Cuando te lo propones, eres muy convincente. La opinión ajena te tiene sin cuidado, y eso te permite aparentar, con frases pomposas, que eres un payaso. Lograste hacer reír a Rudolf, fingiéndote un ridículo majadero. Tienes mucho dominio de ti mismo.

—Es para llevar la contraria al que dijo, durante las calendas griegas, que el hombre era el único animal que no sabía dominar sus pasiones. Aspiro a ser uno de los pocos animales sabiendo vencer aquellas pasiones que me tienen muy sin cuidado.

—Yo te juzgo un hombre inteligentísimo, y por eso estoy aquí.

—¡Atrás, pérvida! No me adules, o estoy perdido. Para idiotizar al más templado, basta que una mujer bonita le afirme que es inteligente. De acuerdo. Soy un talento. Siempre a tu servicio, con preferencia en las horas bañadas por el claro de luna.

—Yo no sé si voy a volverme loca o seré capaz de resistirlo.

Hace once horribles noches que tras mis pasos, constantemente, hay una sombra.

Mirando al techo, Dufrety pronunció con grave lentitud:

—Sombra fiel y mortal.

No pudo ella reprimir un escalofrío. Murmuró:

—Estas mismas palabras dijo uno de los *maquisards* que aterrorizaron a la pobre Ginette.

—Están escritas hace muchos siglos por doctos varones que fueron evangelistas. Los resistentes las emplearon para designar su decisión de hostigar constantemente hasta lograr la muerte del enemigo. No profundizaré ahora en el denso significado de lo efímero de todo lo humano, ni sobre la única fidelidad cierta: la de nuestra sombra que nos sigue hasta dentro de nuestra tumba. Escucha, Denise... Tranquilízate con un matemático cálculo, elemental e inevitable. La sombra sigue a nuestro cuerpo o le precede, según donde se hallen suspendidos el sol o el planeta que le releva de noche.

—No es mi sombra. Es otra.

—A mí me despepitan los chistes de loros, pero me inspiran un respeto imponente, casi lindante con el pánico, los chistes de fantasmas. Dada tu espiritualidad, podrías creer en espectros, pero ya que eres muy sólida cerebralmente, no puedes ver fantasmas.

—No es un fantasma. Es un hombre.

—¡Carape! Estás sobradamente acostumbrada a esta clase de sombras. Toda mujer guapa arrastra tras su estela las de muchos varones con ojos encandilados.

Con ojos alucinados, ella parecía no oír. Evocaba:

—Vaya donde vaya, él siempre está rondando. En el patio de la casa de Eglantier, en el puente cuando salgo ya tarde, para no enloquecer allí dentro de aquel gran caserón vacío, a solas... rasgando de pronto el aire enmohecido un agudo alarido de terror... Y la sombra me sigue. Me ha seguido hasta tu casa. Cuando la luz se encendió sobre la verja, allí estaba. Su sombra se proyectaba a tres pasos, a mi izquierda.

—La solución de esta perspectiva es infantil, mujer.

—No lo es, no lo es... —Denegó ella, sacudiendo la cabeza, desesperadamente.

—Antes, bebías muy moderadamente, Denise. Si últimamente te

has abrazado frenéticamente a Baco, puedes lograr visiones excepcionales. Hay bebedor acérrimo que jura ser perseguido por rinocerontes con bikini malva en larga playa verde y resbaladiza.

—Agradezco tus intentos de reducir a alucinaciones alcohólicas lo que en mi caso son certezas. A la noche siguiente de... lo que le sucedió a Ginette, salí dispuesta a ir a visitar a la policía. Y fue entonces cuando, por vez primera, apareció la sombra. Tuve miedo, y después de atravesar el puente Sully, regresé sobre mis pasos. Cuando estuve encerrada arriba, miré por entre los visillos... y estaba paseando por el patio.

—Si le cuentas esto a un guionista, los entusiasmas. Pero el público es cada día más escéptico y exigente. Quiere lógica. El único fantasma que le asusta es el de la pobreza. Cualquier crítico te diría que si a una persona le sigue una sombra que no es la suya, se encara con ella, pasado ya el primer susto.

—La segunda noche, al atravesar el patio y ver proyectarse la sombra... me acerqué. Creo que grité incoherencias, pero el hombre en la penumbra no se inmutó. Me miraba fijamente, en silencio. Volví a sentir miedo y subí nuevamente a mi escondite. Por favor, Gabri, hálame en serio.

—¿Conoces al hombre que te sigue?

—No. La tercera noche, le dije que si persistía en hacerlo, llamaría a un policía. No dice nada... No contesta, no habla. Se limita a mirarme.

—Entonces ya te consta que es un hombre con poca y mala sombra, que, además, pudiera ser el último de los románticos: un adorador mudo.

—Pensé ir a visitar al inspector Larzac, que fue el que investigó las circunstancias de la muerte de la pobre Ginette. No lo hice, porque sé que no me hubiera hecho caso. Me habría dicho que no es delito que un hombre siga los pasos de una mujer, mientras no la importune con groserías. Y no es un *maquisard*, porque si lo fuera...

—Ya ha quedado dominada la desorganización, Denise, y los guerrilleros no pasean por las calles con sus metralletas que les permitían identificarse, a veces, a ráfaga limpia.

—Si hubiera sido un *maquisard* me habría llevado a una celda de su cuartel.

—Concretemos, por una vez y sin que sirva de precedente.

Deduzco que, siendo tú inmune a mis muchos encantos, si has venido es porque deseas que le pregunte a tu seguidor si sus intenciones son deshonestas, en cuyo caso quedas tranquilizada, pero si planea algo poco convencional, entonces tendrás que tomar mucha tila.

—A mí no me contestará, pero a ti sí.

—¿Por qué?

—Porque eres inteligente y sabrás cómo interrogarle.

—Si el que te sigue es mudo, no me servirá el derroche de materia gris. Si es un maniático, deploro aconsejarte algo que va contra mis más acendrados principios. Acude a la policía.

—Es que... ¡estoy casi segura que es un policía!

—Te falla la pupila, Denise. Si un policía tuviera por misión lo que en la jerga de ellos llaman «dar sombra», no le verías ni el trazo oscuro del perfil de sus pestañas. Bien, bien... Has conseguido arrancarme de mi bestial y placentera indiferencia ante las papeletas ajenas. Vamos a planear una sencilla triquiñuela. Vas a salir, y si el intrigante sujeto te anda pisando la estela, intervendré con toda la amabilidad que atesoro. Veremos a ver lo que sacamos en limpio.

Se aproximó ella al que, levantándose, confundía en una gabardina su camisa de lana a cuadros rojos y azules, cubriendo por debajo de las rodilleras el pantalón de pana deslustrada y con manchas multicolores.

La diestra femenina se posó en el ancho hombro del decorador.

—Sé que pretendes aborrecer los convencionalismos.

Gabri. Y no encuentro palabras para agradecerte tu ayuda.

—No las busques, muchacha. Anda, no me mires así, porque mi espíritu es fuerte, pero mi envoltura carnal es un verdadero asco. Vence todas las tentaciones, a base de sucumbir a ellas. ¡Media vuelta, marr! Eso es. Saldrás sola, y caminarás por la acera a tu izquierda, una vez abierta la verja. Lo harás sin prisas. Del resto procuraré ocuparme yo.

Denise Danglas, poco después, hundidas las manos en los bolsillos de su chaquetón de pieles, cubiertos a medias los cabellos por un pañuelo de seda azul, caminaba lentamente, dejando atrás la verja entrecerrada.

Cuando llevaba recorridos unos diez metros, miró al suelo hacia

la proyección de su sombra, oblicuada por la luz lunar fulgiendo angularmente.

Junto a la silueta de su figura reproduciéndose diagonalmente en la acera y quebrándose para recortarse en el muro, la otra se estilizaba, casi esquelética, a la rítmica distancia de siempre. Apenas tres pasos.

No volvió la cabeza. No hacía falta. Era una obsesión viviente.

Un hombre alto, delgado, con gabardina azul y sombrero de fieltro azul, pañuelo rojo muy oscuro al cuello. Zapatos negros de suela de crepé. Un hombre de unos treinta años, abrillantado el negro cabello visible en las sienes, boca delgada, nariz un poco achatada y ojos negros, anchurosos, inexpresivos...

Aquel rostro de impávida dureza, como cincelado en mármol, de boca cruelmente silenciosa, lo tenía grabado en la memoria, rasgo a rasgo, como al rojo vivo.

Y tampoco podía olvidar la aplomada seguridad felina con la que, casi al mismo instante en que ella, exasperada, había alzado la mano no sabiendo si abofetearle o arañar, el desconocido asía al vuelo su muñeca y después la otra.

Con dedos que parecían forjados en frío metal, le mantuvo por unos instantes las muñecas. Casi juntos los rostros, crispado el de ella, inmóviles todos los rasgos faciales del misterioso sujeto.

La había soltado, retrocediendo tres pasos. Esperando, erguido, sin pronunciar una sola palabra.

Ahora, Denise se detuvo, porque volviéndose de pronto, acababa de ver una tercera sombra interponiéndose entre la suya y la del misterioso seguidor.

CAPÍTULO IV

Gabriel Dufrety, tocándose el borde delantero del sombrero negro de fieltro, pidió amablemente, mostrando un cigarrillo:

—¿Tiene fuego, por favor?

El interpelado movió la cabeza a un lado y otro, lentamente.

Denise, asiendo del brazo al decorador, habló con trémolos nerviosos:

—Éste es el hombre que te dije, Gabri. Mientras estuve sola, me producía miedo... Pero ahora, tendrá que explicarte a ti por qué razón me sigue por todas partes.

Dufrety sonrió ácidamente:

—La mujer, por bonita que sea, tiene un límite de vanidad. Y ella, atacada de repentina modestia, se queja de que usted la viene siguiendo con una fidelidad, no ya pegajosa, sino propia de un cafre tras su fetiche. Pero usted es de raza blanca.

El hombre de la gabardina azul retrocedió tres pasos. Se reclinó contra la columna que se repetía a trechos, engarzando rejas y muros bajos, tapizados de trepadoras por su interior.

Extrajo una pitillera y sacó un cigarrillo que fue tecleando por un extremo, sobre el cerrado estuche, para después encenderlo con la llamita que surgió del mechero inserto en una esquina de la pitillera.

Cuatro operaciones pausadas, meticulosas, sin mirar a la que asida del brazo de Dufrety, manifestaba entrecortadamente:

—¿Lo ves? ¿Te das cuenta? No habla... ¿Ves cómo intenta sacarme de quicio?

Dufrety, desprendiéndose de la mano femenina, avanzó. Mostrando su cigarrillo, pidió:

—¿Fuego, por favor?

El hombre de la gabardina azul, sopló su mechero, y volvió a guardarse en el bolsillo interior de la americana, la pitillera-

encendedor. Denegó con la cabeza, entornados los párpados, mientras exhalaba humo por la nariz.

Dufrety encendió su cigarrillo con un fósforo que rascó contra la uña del pulgar. Dijo:

—Vuelve a mi casa, que es la tuya, Denise. Tu palafrenero tendrá que esperarte a la distancia legal.

Titubeaba ella. Añadió Dufrety:

—Este triángulo no es el clásico, Denise. Y su incógnita puede resolverse si la hipotenusa desaparece y quedan solos los dos catetos. Andando, hipotenusa.

Denise obedeció y cuando distaba unos tres pasos, el desconcertante individuo se puso en marcha tras ella.

A su lado, Dufrety, emparejando la zancada, siguió estudiando, ahora de soslayo, al extraño personaje.

Cuando ella empujaba la verja y desapareció en el interior del jardín, su constante seguidor estaba ya reclinado a tres pasos.

Delante de él, Dufrety sonrió, exagerando una tonalidad persuasiva:

—Vamos, vamos, buen hombre. Y el calificativo de bondadoso procede de que si fuera usted demente de los llamados locos furiosos, no llevaría once días en libertad. Si se ha escapado de un sanatorio mental, le alabo la sensatez. Entran casi normales y si les dejan salir, ya no hay arreglo: se confunden en el anonimato de la masa común. Bueno, yo me llamo Dufrety. Tanto gusto. No me diga que se llama Napoleón, porque pronto me enteraré de si miente. Por el acento, Bonaparte era de mi tierra.

El de la gabardina azul miró la colilla de su cigarrillo, y empleando el pulgar y el dedo medio, la catapultó lejos, por encima de la cabeza de Dufrety.

—¿Matonadas a mí? —rió el corso—. Pero, hombre...

Aplastó su colilla en la columna, a escasos centímetros de la oreja derecha del silencioso e impasible individuo, que siguió impertérrito.

Dufrety dejó caer la machucada colilla que resbaló por el hombro de la gabardina azul y se desmenuzó hacia el suelo. Dijo el decorador:

—Usted me inspira una feroz reminiscencia de mi niñez. Pegarle un puntapié en la espinilla. Uno, dos, tres. No respinga siquiera...

Pasemos a argumentos serios. Tanto trasnochar le resultará perjudicial para su sangre de pez. Tenga presente que Denise ha aceptado mi fraternal hospitalidad, pero apenas le entren dudas sobre la resistencia de mi fraternal esfuerzo, saldrá pitando por el jardincillo de atrás.

El enigmático personaje seguía mirando fijamente al decorador, totalmente inexpresivo el rostro.

—Amigo, usted haría fortuna como muñeco exhibidor en un escaparate. Por el leve destello de sus pupilas, yo, que soy un lince, deduzco que hay otro vigilante, más alejado, para prevenir la posibilidad de que Denise intentara librarse de usted Comprendido. Amigo mío, y le doy tal beligerancia, porque casi me resulta usted antipático, si mañana al amanecer no le recoge el servicio municipal de limpieza, yerto y acatarrado, confundiéndole con un poste, me apuesto los calcetines amarillos a rayas granates, que vendrán a buscarle un par de policías. Seamos sensatos, ¡carape! Váyase a la cama.

El otro no habló. Pero su avance de mentón señalando hacia la verja, fue elocuente.

—Ya. Que soy yo el que me tengo que ir a dormir. Usted haría ponerse verde de envidia a un mudo legítimo. ¿Por qué no entra conmigo y nos soplamos un café calentito? Si se empeña, y lo pide correctamente, hasta podemos cenar juntos. La verdad sea dicha, ha conseguido usted hacerse el interesante, sin emitir ni una tosecilla. Vuelve a suscitarme ideas retozonas, como la de darle un seco taconazo en el dedo gordo del pie, para poder oír su timbre de voz. Pero me quedan aún dos fechas de reclusión voluntaria y no quiero ir a darle explicaciones a un siquiatra director... o al gerente del teatro de marionetas de donde se escapó usted.

Gabriel esperó un instante. El otro silbó entre dientes, muy suavemente, mirando con fijeza inexpresiva a Dufrety.

El decorador se encogió de hombros y tocando con el canto de la mano el borde de su sombrero, anunció:

—Cada sensato con su manía, amigo. No hay nada más respetable que el capricho de cada cual. ¡Abur! Y no se aburra. Siga haciendo el jumento. ¿Captó el fino chiste? Matiz diferencial entre el sexo de ambos cuadrúpedos.

El otro siguió silbando tenuemente.

Al cerrar tras sí la verja, Dufrety sonrió. No era un loco ni un caprichoso maniático el «mudo» de la gabardina azul. Ni un policía, ni tampoco un *maquisard* rencoroso.

Denise esperaba en la pequeña alameda. Había estado tratando de oír hablar al desconocido, casi adherida a los hierros de la verja.

Preguntó ansiosamente:

—¿Comprendes ahora? ¿Qué puedo hacer, Gabri?

—Si de veras quieres que te ayude, basta con que hagas algo que es paradójicamente sencillo y a la vez difícilísimo para una mujer: ser sincera con un hombre. En este caso, Bibí.

Y dándose un toque en el pecho para recordar el apodo que le daban algunas de sus conocidas, el decorador entró en su casa.

Ella titubeó un instante. Miró hacia atrás, hacia las tinieblas exteriores, y entró.

No contestó ella al comentario de Dufrety, porque en el recibidor, Marianne Quimper preguntaba:

—¿Pongo a enfriar el Sauternes?

—Más tarde. La cena sufre un retraso y pasará a ser saboreada a las ocho y media, Marión.

—Tengo las *andouillettes* en el horno y se van a endurecer.

—Siéntese sobre ellas, tire el horno o fabrique otras. Así el tiempo de la demora le resultará entretenido.

Cerró Dufrety la puerta del termos, tirando su gabardina, bufanda y sombrero a un rincón, sobre una mesa.

Denise se dirigió al mueble licorera y fue alineando sobre el espejo-bandeja lateral, los ingredientes para un coctel.

Efectuada la mezcla, sacudiendo la coctelera se volvió para mirar interrogante a Dufrety, que, medio tumbado en el sofá silbaba tenuemente entre dientes. Una extraña tonadilla la del hombre convertido en la exasperante escolta muda de la estrella.

—Gabri... No entendí bien lo que dijiste poco antes de entrar. No te pregunté entonces, por qué estaba en el recibidor tu cocinera.

—No es mi cocinera.

—Ah... —Y tuvo ella una sonrisa significativa—. Ahora recuerdo que cierta vez aseguraste que harto de mujeres estilizadas y artificiales, habías regresado al ideal de tu infancia, y preferías las mujeres sin maquillaje, incultas y rollizas.

—Marión no es mi cocinera, sino mi ama de llaves. Siempre

necesité alguien que supiera dónde meto mis llaves. Mi *Flip* sin azúcar ni guinda. Y el otro lo prepararé yo, porque me apetecerá un *Fizz*. Es menos empalagoso.

—Creo que dijiste que yo debía ser sincera contigo, si quería que me ayudases. No tengo por qué mentirte.

—No sacudas más la mezcla, muchacha. Antes de bebería, ya me entra vértigo viéndote interpretar una rumba, sin maracas. Hazme el honor de no desempeñar el papel de vampiresa seductora conmigo.

—Imbécil —musitó ella—. Sé muy bien que nunca te gusté.

—Por segunda vez, efectúas una declaración gratuita, puesto que en cuanto se refiere a mis gustos no hay nada registrado y solamente yo puedo ser juez.

—Aclárame el sentido de tu frase.

—Resalta con evidencia, desgraciadamente no comprobable, que estás de muy buen ver, y siendo yo un varón con trece días seguidos de dura abstinencia, constituyes para mí un incentivo tan atrozmente ideal, como el agua para un caminante en el desierto.

—Sabes bien que no me refería a esto, sino a lo que dijiste antes de entrar... ¡Contesta, Gabri! No me exasperes.

—Para poder contestar, es impepinable que tiene que existir una condición preliminar llamada pregunta.

—¿Por qué crees que no soy sincera?

Acercándose tendió ella una de las dos copas, y apenas la cogió Dufrety, apuró ella la suya en tres ansiosos sorbos.

—Nos dieron la facultad de poder ensartar frases, para disfrazar así nuestro verdadero pensamiento. Envidio a los otros animales, los desprovistos del funesto don de la palabra. Se entienden perfectamente y nunca guerrear en masa. El tigre se acerca a la tigresa, y ella gruñe erizando el pelo del lomo. El tigre sabe que no hay nada que hacer y sale en busca de otra, hasta hallar la que en vez de gruñir, gime cariñosamente.

—¿Por qué crees que no soy sincera? —reiteró ella.

—La sombra que te sigue está muy segura de sí misma. Como si entre vuestras dos sombras, la tuya y la de él, existiera el claroscuro de una fraternidad especial. No logro a veces hacerme comprender, ya que mis deducciones se basan en mi sensibilidad especial a los matices cromáticos. En ti hay grises de terror inexplicable, y en él,

firmes azules de reposada confianza.

—Eres absurdo. ¿Hubiera yo venido a pedirte ayuda, si pudiera... si conociera a este hombre?

—A él, puede que no lo conozcas. Pero tal vez sospeches que él sabe algo que no te interesa revelar, y con su constancia en demostrarte que te seguirá siempre, constantemente, te da a entender que hagas lo que hagas, vayas donde vayas, al final tendrás que claudicar.

—Todos los artistas tenéis un exceso de imaginación.

—Es una riqueza y una desgracia, según se mire.

Disfrutamos más imaginando la posesión, adornada con espléndidos colores, que entregándonos al acto prosaico en sí mismo. Te gustará más esta mixtura.

Contempló ella la copa en la que Dufrety acababa le escanciar otro combinado, y comentó:

—Ya me he despejado lo suficiente, Gabri. No soy una colegiala.

—Gran verdad.

—Si pretendes embriagarme, vas a perder el tiempo.

—Me ofendes. No soy un colegial astuto en su primera cita con la mujer soñada.

—Sabes perfectamente que me refiero a tu posible propósito de que el alcohol me haga hablar incontinentemente, y oigas de mis labios revelaciones sensacionales y truculentas. Salvo mi relación con Hartmann, nada existe de sensacional ni en mi pasado reciente ni en la actualidad.

—Siendo así, compórtate como una ciudadana consciente que paga sus impuestos para ser protegida. Cuéntale tu caso a cualquier policía inteligente, que los hay. Atrapará al mudo y le hará cantar.

—Creo que es la mejor solución. Conocí al inspector Larzac y me pareció que lo era. Es de la Brigada Criminal, del distrito de las Islas. Un hombre cortés y muy atento.

—Aquel artefacto de la esquina conecta con el teléfono del recibidor. Puedes llamar a Comisaría y te indicarán dónde está ahora tu atento inspector Larzac. Le explicas tu problema.

—Si Larzac consintiese en venir, ¿podría molestarte?

—¿A mí? ¿Por qué? Todavía no he asesinado a nadie.

—Eres... estás en la lista de los colaboracionistas.

—Esta menudencia pasará pronto a la momificación del olvido.

Además, tu inspector Larzac es un investigador dedicado exclusivamente a los asuntos criminales.

—Si le llamo, posiblemente me contestará como la otra vez.

—Ah... ¿Es que ya le llamaste?

—No. Pero cuando me interrogó, especificó claramente que sólo podía intervenir en casos de índole criminal. Puede contestarme que no hay delito en seguir a una mujer.

—Dile que tu perseguidor acaba de intentar estrangularte ante mis propios ojos. Seré un testigo plenamente veraz. Juraré que él quiso cortarte el resuello, cosa cierta. Lo cual nos permitirá oír qué clase de voz tiene tu silencioso torturador. Como ves, estoy dispuesto a ayudarte.

—Te estás burlando de mi Gabri.

—No veas inexistentes intenciones, Denise.

Recogió ella su pañuelo, ciñéndolo al cuello, y se colocó el chaquetón.

—Me voy. Estuve poco acertada al visitarte. Creía que podría contar con tu ayuda, pero me equivoqué.

Endurecidas las facciones, afirmó él:

—Te has equivocado.

—Buenas noches, Gabri. Sin rencor.

—Buenas noches. No te acompaño. Ya conoces el camino.

—Voy a visitar al inspector Larzac.

—Excelente idea. Yo, en cambio, tengo que resignarme a cenar triste y solitario.

—Tu lozana cocinera es la mejor compañía que puedas desear. No estás solo. Yo sí.

—Tú tampoco lo estás. ¿Olvidas ya a tu fiel sombra? No la tuya, sino la postiza.

Ella no replicó, y sólo cuando él hubo abierto la puerta, dijo conteniendo su nerviosismo:

—Puede que te arrepientas de no haberme ayudado, Gabri.

—Soy un delicado sensitivo y execro que me mientan.

—Te repito que no tengo motivos para mentirte.

—Obstinada reiteración en la negativa.

La mirada de Gabriel Dufrety se hizo exageradamente masculina, y ella, molesta, ajustó las solapas de su chaquetón, murmurando:

—Creo que imaginas misterios inexistentes. ¿Qué es lo que supones que oculto?

—En abstracto mucho, en concreto nada. La eterna mentira de Eva.

—¡Adiós!

Se dirigió ella hacia la puerta de salida, con taconeo nervioso.

Dufrety manifestó:

—La señora se va, el señor se queda, Marión. Quite un cubierto y sírvame la apetitosa y succulenta manducatoria.

Denise Danglas atravesó el jardín y tuvo que hacer un esfuerzo ajeno al físico, para poder abrir la verja.

No quiso mirar hacia el suelo, mientras caminaba hacia la parada de autobuses. Estaba ya avezada al rumor tenue de los pasos afelpados siguiendo a su claro taconeo.

En el autobús, cuando una refracción lateral de las farolas callejeras plasmó en el cristal una instantánea del ocupante del asiento a su espalda, reconoció el perfil de su inquietante seguidor.

En la Prefectura de la Cité le dirían dónde podía encontrar al inspector Lorzac. ¿Hablarle, resolvería algo? Tenía que hacerlo, al menos para poder conseguir que aquel silencioso escolta, hablase...

Ante la petición de un policía, tendría que enseñar su documentación y no podría persistir en su obsesionante silencio.

Cuando descendió en el puente Saint-Michel, y entró en la conserjería del vasto edificio del Quai des Orfèvres, sede central de la prefectura de policía parisiense, vio a su seguidor acodándose contra el reborde del malecón, por cuya base chapoteaban las aguas del Sena.

Encendía un cigarrillo y el resplandor de la llamita daba, fosforescencias sardónicas al anguloso semblante.

Demostraba una absoluta indiferencia a la cercanía del centro policial... ¿De dónde dimanaba tanta seguridad?

Preguntó al agente de servicio en la centralita, que tras conectar una, clavija, escuchó la respuesta a su petición y desconectando, informó:

—El inspector Larzac se disponía a cenar, pero la esperará. Piso segundo, despacho sexto... No, aquí no, señorita... Vaya a la comisaría del distrito octavo. Unos minutos apenas, en coche.

Ella llamó un taxi. De la misma parada, otro coche siguió al

suyo.

CAPÍTULO V

—¿Cómo está usted, señorita Danglas?

—Bien, gracias.

—¿Ningún contratiempo en sus paseos?

—He tenido la suerte, hasta ahora, de no ser reconocida por la calle, aunque sólo salgo cuando ya ha oscurecido... Gracias, no fumo.

—Son cigarrillos suaves, mentolados. No son para mi uso personal, sino para las visitantes.

Abel Larzac cerró la cajita, y volvió a acodarse en su sillón. El despacho era sobrio y elemental. La silla en que ella se sentaba, era incómoda.

Diseñada especialmente para hacer más breves las visitas.

—Me dijeron que iba usted a cenar, inspector.

—Tengo esta mala costumbre todas las noches.

—Todas las noches... Exactamente once noches son las que un hombre tiene también la mala costumbre de seguirme paso a paso, vaya donde vaya.

—Es usted fascinadora y lo sabe.

—Este hombre no me sigue con intenciones de conquistador callejero. Pasa la noche entera esperándome, y cuando salgo, siempre camina a tres pasos de distancia... Como si los midiera, siempre a tres pasos. Ahora mismo está allí. En la acera de enfrente. Allí fuera. Lo puede ver desde la ventana.

—Entonces, ya no está a sus tres cronométricos pasos de distancia.

—También usted se burla de mí.

—Yo no. ¿Quién es el otro?

—Gabriel Dufrety, un decorador, de cuya casa vengo. Fue él quien me aconsejó que viniera a visitarle.

—¿A mí, precisamente?

—A la policía, pero como yo le conocía a usted, he venido a suplicarle que interrogue a este hombre, preguntándole por qué me sigue.

—Sin la menor intención burlona y con toda cortesía, me veo obligado a indicarle que para ese menester, cualquier gendarme es el más apropiado. A menos que usted acuse de algo concreto a este hombre que la sigue.

—¡No! ¡Nada en concreto! Todo es abstracto —y forzó ella una sonrisa lamentable, recordando el último comentario de Dufrety—. Parece como si todo el mundo experimentase un especial empeño en contribuir a que me vuelva loca.

Abel Larzac colocó de plano su diestra sobre el corazón.

—Personalmente le certifico que no tengo el menor interés en conturbar su cerebro, señorita. Me comunicaron de Prefectura que una señorita deseaba verme y aguardé. Usted se presenta hablándome de un seguidor que se dedica al extraño pasatiempo de perder once noches tras sus pasos. Y mi pregunta es de vulgarísima rutina, al inquirir si usted acusa de algo concreto a este hombre.

—¡Quiere matarme! ¡De esto le acuso!

—¿Tiene pruebas o testigos? Lamento presentir que volverá usted a hacer alusiones a una conspiración contra su estado mental, pero yo he de atenerme a lo visible y comprobable. Usted goza de excelente aspecto saludable. No ostenta huellas de violencia.

—Supongo que la Ley ampara a una ciudadana para solicitar de la policía un servicio.

—En efecto, y prestamos servicios a las ciudadanas francesas o de cualquier otra nacionalidad. Muéstreme su documentación y gustosamente tomaré nota de su denuncia.

—Usted sabe perfectamente quién soy —dijo ella nerviosamente, hurgando en su amplio bolsillo interior. Extrajo una carterita que tendió abierta—: Aquí tiene mis documentos.

Compulsando el porta carnets, comentó Larzac:

—La conocí exhibiendo una serenidad pasmosa, pese a que acababa de suicidarse una amiga suya. ¿Aquella muerte actuó sobre sus nervios con efectos retardados? Sus papeles no están en regla, señorita Denise Danglas. Falta el sello de la alcaldía de su distrito donde usted resida o se aloje. Hay edictos muy visibles por las paredes, concediendo una prórroga de tres días más, a partir de la

fecha de hoy, para cumplir con este requisito. Vuelva a efectuar su denuncia cuando su cédula de identidad, posea el correspondiente estampillado exigido por la Ley, que aunque sea emitida con carácter de provisional, tiene pleno rigor de vigencia. Entonces, usted será para cualquier autoridad, una ciudadana que, habiendo cumplido sus deberes, puede reclamar sus derechos.

—Quiero conservar mis cabellos. Lo primero que hacen con la que, como yo, tuvo amistad con un alemán, es pelarla al rape.

—Un atentado a la estética, tanto mayor cuanto que usted es dueña de una esplendorosa cabellera.

—¿Qué le hice yo, inspector Larzac? Sí, sí... No me tome por una loca delirante. Sería anticiparse a mi posible futuro. ¿Qué le hice yo, inspector Larzac, para que me trate con tanto desprecio?

—Será que mis ojos han contemplado tantas humanas miserias, que ya soy incapaz de mirar a nadie con desprecio. Personalmente, a nosotros dos, nada nos une ni nos separa. Pero en este asunto de su reclamación de servicios policiales, sí que discrepamos. Nos separa un simple sello de alcaldía. Si dentro de cuatro días, reaparece usted por mi despacho sin el correspondiente estampillado de alcaldía, tendré que detenerla por infracción de su deber de ciudadana.

—¿Este hombre que me sigue es un agente suyo?

—La paga que percibo me faculta para ser yo el que interroge, pero en su honor, prescindiré de la rutina. Mis agentes, tienen a veces por misión, la de seguir a criminales en potencia o delincuentes bajo observación. Casi siempre suelen ser especialistas en rastrear sin ser vistos. Por lo que a mí se refiere, le garantizo que puede descartarme. Ninguno de mis agentes tiene como servicio, el pasarse la noche en vela bajo sus ventanas.

—Usted no puede ignorar que en mi piso fue encontrado el cadáver de Rudolf Hartmann, degollado.

—Oí comentarios acerca de esta incidencia. Pero su indagatoria no pertenece a mi jurisdicción. ¿Ve usted?... A partir de ayer, los procedimientos judiciales van regresando a la rutina. Aunque sea de un alemán, si el cuerpo degollado aparece en cualquier residencia o lugar de mi distrito, es de mi incumbencia encontrar a la persona culpable del degüello. Pero en el día que usted menciona, la rutina hacía tiempo que había dejado de existir. Y era lógico... Si por cada

alemán muerto y por cada francés muerto, en estos cuatro años sin rutina, hubiese sido preciso abrir un expediente policíaco, hace tiempo que se habría agotado el papel en ambas naciones.

—Me gustaría poderle hacer una pregunta, inspector.

—Soy francés, señorita. Sería un crimen privarle de un gusto a una dama.

—Durante la guerra, ¿dónde estuvo usted?

—En tantos sitios... —Y el inspector cerró los ojos—. Mi hijo se empeñó en considerar que la presencia de los alemanes en Francia, no era asunto que incumbía resolver al Estado mayor francés. Era un chico consentido, ya que perdió a su madre a los ocho años, y yo tuve el buen sentido de no casarme nuevamente. Nunca segundas madres fueron buenas... por mejor voluntad que tuvieran. El chico me convenció. Pedí la excedencia para irme con él a brincar por montes y valles, pero como no querían dármele, me fui ilegalmente. El catorce de marzo del año pasado, mis propios compañeros me ataron sólidamente, por amistad. Mientras, en una aldea del Loira, a unos kilómetros de donde yo estaba atado, mi chico fue fusilado. Lo apresaron cuando estaba disparando contra un destacamento enemigo.

Denise Danglas bajó la cabeza y murmuró:

—Ahora comprendo... Perdóneme, inspector.

—Todos necesitamos mucha misericordia. Pero hemos de saber ganarla. Y usted no recorre el camino adecuado, señorita Danglas. Ya que vino a interrogarme, tolere que a mi vez le pregunte: ¿no concurrieron hechos extraños en la muerte de Rudolf Hartman?

—No.

—Entonces, usted considera muy natural, que en su piso, donde entraron algunos jóvenes fogosos para detenerla, en vez de hallarla a usted, encontrasen degollado a Rudolf Hartmann. No era suicidio. Y todo su piso, señorita Danglas, aparecía registrado por manos ajenas a la fogosa juventud resistente. Es más... Había manchas de sangre en varios sitios. No pertenecían al grupo sanguíneo de Hartman, según dictaminó el análisis del laboratorio.

—Me pareció haberle oído decir que en tiempos de guerra no se abrían expedientes de investigación criminal.

—La muerte de Hartmann se apartó de la carencia de rutina que imperó durante la guerra. Se apartó, precisamente, por su distinta

índole. Pero no me corresponde revelarle este punto, salvo si me lo ordenan. Y pensándolo bien, solicitaré que me encomienden el expediente que no sé todavía por qué motivo, tiene una etiqueta convencional. Rutina...

Denise Danglas procuró disimular su repentina atención.

La mirada del inspector parecía ausentarse en la contemplación del negro cielo enmarcado por los cristales de la ventana, en rectángulos mortecinos.

—¿Etiqueta convencional? —invitó ella, al prolongarse la pausa.

—Cuando no se sabe contra quién se inicia la investigación ni se puede mencionar a la víctima por razones especiales, se colocan en la cubierta del expediente, unos signos o palabras convencionales, que para los que no están en el secreto, resultan incomprensibles. Lo son para mí... Pude examinar por casualidad el expediente. Sólo la cubierta. Unas mayúsculas en tinta china, decían: «INERTIA». Y en letra minúscula, debajo, había otra palabra, algo larga: «Konzentrationsfeld» y un número: «17». Un verdadero jeroglífico.

—Así llamaban a los campos de concentración... ellos. Los aliados los llaman «Stalag».

—Gracias por su aclaración. Estuve en uno de esos campos, aunque felizmente tan sólo unos días. De todos modos, le agradezco su ayuda. Por cierto, que el número 17 podría corresponder a la numeración de los campos de prisioneros. Abreviemos entonces y lo dejamos en «Stalag 17». Eso es. Y dados sus conocimientos lingüísticos, tal vez pueda usted identificar el significado de la palabra «Inertia».

—No.

—Ya me lo figuraba. Bien, no la retengo más, señorita Danglas. Buenas noches.

—¿Qué juego se traen conmigo? Usted cree que yo tengo... que yo sé por qué mataron a Rudolf, y que me lo callo. ¿Por qué no me interrogan de una vez por todas?

—Tengo entendido que existe un desequilibrio nervioso, llamado «manía persecutoria». Le recomiendo, si persisten los síntomas, la conveniencia de que visite a un especialista neurólogo.

Levantándose, apoyó ella las manos en la mesa, avanzando el busto agresivo y febriles los azules ojos en el pálido semblante:

—¿Qué pretenden? ¿Por qué no me encarcelan? ¿Por qué me

sigue constantemente un hombre al que usted se niega a interrogar? ¿Por qué ahora da usted por supuesto que yo pueda saber...?

Se interrumpió ella, y retrocediendo un paso, bajó la cabeza.

La mirada del inspector Larzac contenía un insoportable desprecio.

—Perdóneme, inspector —susurró.

—Como particular, admito que me inspira usted cierta lástima. Si nació usted bonita, siga siendo una mujer, halagando los instintos varoniles, sin más. Sin complicarse la existencia. La posguerra ha desquiciado los nervios a mucha gente. Casi más que la propia guerra. Pero todo río desbordado vuelve a su cauce normal y rutinario. Intente usted también volver a su vida normal.

—Buenas noches, inspector. No volverá a verme.

—Decimos eso... pero ¿quién sabe? Buenas noches, señorita Danglas.

Cuando ella estuvo en la acera, atravesó la calle, dirigiéndose rectamente hacia el imperturbable desconocido.

Denise Danglas recordó la sonrisa y el contoneo de Loló, la procaz aventurera, protagonizada por ella en «Amoríos fugaces».

Habló con la experta ironía afectuosa de la aventurera Loló:

—No veo la razón por la cual tenemos que caminar siempre distanciados. ¿No podemos llegar a un acuerdo?

El desconocido asintió con grave cabezada. En silencio.

—Vaya... Vamos progresando —rió ella nerviosamente—. Invíteme a cenar, exponga lo que pretende y, según sea su oferta, es posible que no tenga ya que perder más noches.

Volvió a asentir el de la gabardina azul. Ella le enlazó por el codo izquierdo. Con ambas manos. No encontrando resistencia, deslizó su mano derecha, hasta quedar asida al brazo masculino. Conservó su zurda sobre el antebrazo del misterioso sujeto y expuso en tono mimoso:

—Hasta hace poco me dabas mucho miedo. Ya no... Eres de carne y hueso —y emitió una risita bobalicona, la peculiar de Loló, según el director del film. Enardecía a los hombres, había añadido el técnico en seducción femenina—. Además, si fueses de la policía o del servicio secreto, el inspector Larzac habría fingido interrogarte. Aunque me resultarías doblemente interesante, si fueses un agente secreto. ¿Lo eres?

Denegó con la cabeza el que caminaba acompasando su zancada a los menudos pasos de la actriz.

—Posiblemente, ya sabes que me llamo Denise Danglas. Puesto que vamos a cenar juntos, ya puedes decirme cómo te llamas... o inventarlo. Todo me da lo mismo. Has ganado la partida, gato, y me cansé de ser la ratita asustada por una sombra fiel y... que me resultaba demasiado siniestra.

CAPÍTULO VI

Gabriel Dufrety bebió un sorbo de «Pájaro azul», su estomacal preferido: en la copa, la nata entibiada se había fundido, mezclándose al *pippermint*, en tornasoladas irisaciones.

Su índice izquierdo iba descendiendo por el lomo del álbum de su discoteca. Solamente siete discos, con una historia muy extraña. Una historia que sólo podía explicar un alto personaje y el propio Dufrety.

En sí, los títulos eran conocidos para cualquier melómano:

«Preludio de Lohengrin».

«Muerte de Isolda».

«Sinfonía del Nuevo Mundo». Dvorak.

«La última primavera». Grieg.

«Concierto de Quebec». Matissen.

«Junio». Tchaikovsky.

«Brumas en el lago». Sinding.

Eligió el quinto, colocándolo en su radiogramola. Fue a tenderse en la cama turca, y por unos instantes, mientras escuchaba los compases musicales, pensó en el compositor Debussy.

Tenía propensión a establecer un parangón entre los sentimientos recónditos que, como susurros procedentes de un templo sumergido bajo el mar, iban surgiendo al conjuro musical, y su extraña relación con hechos sórdidos, que a su modo, también poseían una especial melodía.

Así cómo había arpegios que suscitaban ideas de algo misteriosamente turbio, incomprensible para el normal entendimiento, eran muchos los seres humanos que se debatían en un turbio conflicto.

Uno de esos seres era Denise Danglas.

Se debatía en las sutiles mallas de una de esas melodías. Y no lograría llegar a oír el acorde final, la súbita revelación, la paz espiritual, mientras persistiera en creerse capaz de vencer la opresión que la envolvía.

Una opresión que en términos cineastas se llamaba «clímax», y que en el caso de Denise era un ambiente creado por un extraño compositor, cuyo pentagrama era una sutil tela de a, ña, tejida para atrapar a la poseedora de un valioso secreto.

Denise Danglas siempre había sido considerada una espléndida mujer, dúctil para personificar las más contradictorias versiones de Eva, y dotada de un cerebro calculador, además de unos nervios acerados.

Sonrió Dufrety con mueca sarcástica. También él era considerado un cínico insensible. Cada ser humano, por obra y gracia de varios comentarios o actitudes, caía bajo una clasificación de catálogo. Y solamente un acontecimiento excepcional o un hecho insólito, podía descubrir la verdadera personalidad.

Llamaron en la puerta de su refugio insonorizado, y el tenue zumbador le obligó a levantarse para abrir.

Marianne Quimper, calzando botas de lluvia y cubierta por un largo impermeable y una amplia boina de terciopelo, anunció:

—Usted me dio permiso para ir esta noche al teatro.

—Celebro saberlo, pero, entonces ¿qué diablos hace aquí?

—Quise que usted no se extrañase por mi ausencia, ya que en otras ocasiones, olvida que me dio permiso, y luego...

—¡Cierto, ciertísimo! —atajó Dufrety—. Disfrutará horrores, y mañana me contará el argumento. ¿Quién es el mortal de buen gusto que tiene esta noche el privilegio de sentarse a su lado?

—Marie Quiluch me acompaña con su marido.

—De los tres, sobrará alguien. Sigo sin comprender por qué desprecia usted al simio perfeccionado llamado hombre, Marión. Por más que se resista, no le quedará más remedio que sucumbir a la ley zoológica, y practicar el refrán que exige a la oveja que vaya con su pareja. En su caso será un cordero feliz. Se lo deseo, híbrido de toro.

Uno de los secretos placeres de Dufrety era ver sonrojarse a su plácida ama de llaves, Sus mejillas adquirirían, como en aquel

momento, una redondez de manzana con leve pelusilla dorada.

«Tiene los ojazos bovinos de una vaquita cariñosa», meditó Dufrety por enésima vez.

Ella decía en tono adusto:

—¿Puedo permanecer en casa de mi amiga hasta mañana?

—¿Van a jugar al tute toda la noche?

—Lo solicito porque a la salida del teatro ya es taras y los autobuses no ofrecen aún bastante seguridad.

—Es usted muy dueña de sus nocturnas expansiones, Marión, mientras recuerde que me desayuno a las once en punto de la mañana. Diviértase sin el menor complejo.

—Gracias. ¿Desconecto los timbres?

—No. Tengo la convicción de que recibiré una visita, si mi premonición acerca de las reacciones de una mujer asustada, no peca de infundada.

Marianne Quimper inclinó la cabeza en leve saludo respetuoso y se marchó. Dufrety dejando la puerta abierta, volvió a tenderse.

Su mente divagó nuevamente. Había mujeres nacidas para servir al hombre por vocación. Muy escasas. Como Marión, escandalizándose con frecuencia ante comentarios audaces de su patrón, y sin embargo, indulgentes los ojos, como dando a entender que Adán nació para dominar.

Era curioso que tales mujeres se hallasen, con preferencia, entre las campesinas incultas, aferradas por tradición al mito de la superioridad del hombre... Ingenuas empedernidas.

Su divagación saltó, pulsado otro resorte por su último calificativo. En otro terreno y sexo, también había sido un ingenuo empedernido el difunto Rudolf Hartmann.

Un hombre siempre convencido, hasta su postrer instante, de que el triunfo de la disciplina alemana era la salvación universal, y la matanza era simplemente el necesario holocausto para que los supervivientes disfrutasen de un mundo mejor.

Levantó el *picap*, porque su teléfono tintineaba. Lo aplicó a su oído, esperando sin decir nada. Una voz masculina pronunció con deliberada lentitud:

—Deseo hablar con el señor Dufrety. Dígale que se trata del presupuesto fichado con el número cinco, referente al material Matissen.

El álbum de discos del que había extraído el que estaba en el plato giratorio, llevaba, como era normal, varios números, y títulos y nombres de compositores, inscritos al ancho lomo.

«5. Matisen. Concierto de Quebec».

Si aquel extraño mensaje era recibido por Marión, ella hubiera pensado, como otras veces, que un decorador en sus presupuestos, tenía forzosamente que darles una sigla comercial, para no confundirse.

Tampoco podía confundirse Dufrety en aquel importante concierto donde Denise Danglas era un compás básico. Contestó:

—Yo mismo a la escucha. Puede hablar.

—Buenas noches, Dufrety. Ella entabló contacto con su seguidor. Fueron juntos, sin que él desplegase los labios, a la «Pomme d'Or», y pasaron a uno de los cenadores particulares. Ella acaba de salir, mirando en derredor, y caminando lentamente. Demasiado calmosamente. Ha cogido un taxi y he dejado de seguirla, porque el coche ha tomado la carretera de Neully.

—Venga a montar guardia, por si ella no acepta permanecer aquí. Avise al «cuatro, Grieg» y que se instale en la Isla Saint-Louis hasta nueva orden.

—Sí, señor.

Colgó Dufrety, aplicando nuevamente la aguja en la sinuosidad del disco.

En la partitura, de sólida construcción, el compositor acababa de intercalar un compás brusco, chirriante, pero sin discordancia. Era una melodía perfecta, aunque la nota final estaba todavía lejana, si Denise persistía en no abandonarse.

Volvió a evocar al rubio, apolíneo y atlético Hartmann. Pertenece a la élite seleccionada para impresionar favorablemente a los habitantes de las capitales invadidas.

No podía ser catalogado como un sanguinario malvado, puesto que si algunas veces intervino en la aplicación de torturas, lo hacía con la extraña mística del fanático de un nuevo culto, pensaba Dufrety. El fanatismo del convencido sinceramente de que pasado el período de implantación del nuevo orden, con su inevitable secuela de sangre, llegaría la idílica primavera...

«... Una eterna primavera que, para siempre, borrará nieblas, recelos y rencores, porque todos los humanos serán buenos gracias a la tutela de una autoridad inflexible y paternal...».

Dufrety rió ásperamente al recordar aquel pasaje del discurso que Hartmann pronunció en los Estudios. Hablaba como el profesor que, palmeta en mano, afirma que la letra con sangre entra.

Tina candidez teutónica... donde hasta la violencia era presentada como un depurativo y reconstituyente.

Salto en pie, dirigiéndose a la parte delantera de la casa. Había sonado el timbre pulsado desde la verja. Hizo funcionar el dispositivo eléctrico que recorría el pestillo y daba impulso a los resortes que abrían la verja.

Conectó el cierre apenas comprobó que ya había entrado Denise Danglas.

Fue a abrir la puerta del recibidor, inclinándose en ceremoniosa reverencia.

—Me complace comprobar que tú adiós no pasó de ser una fórmula convencional.

Ella entró sin prisas, como abatida, Pareció alejar una visión estremecedora al sacudir su melena, mientras se quitaba el pañuelo.

—Me temo que pronto me considerarás casi como una plaga, Gabri.

—María Magdalena era egipcia, ¿o la egipcia era Cleopatra? No importa para el caso. Las plagas sí que eran egipcias, y tú rezumas toda la fragancia de un extracto femenino quintaesenciado: la mujer de París.

—Tu afición a soltar chorros de palabras que, a veces, resultan jeroglíficos, ya no me divierte. Estoy cansada, muy cansada.

—Te pasas la noche trotando...

—Mi cansancio no es físico...

—Según, la versión que leí, también María Magdalena se sentía infinitamente cansada, pese a su saludable organismo. Sólo una pócima podía curarla: el arrepentimiento.

Denise Danglas se tendió en la cama turca, cerrando los ojos y cruzando los antebrazos ante el busto. Dijo:

—Es impresionante ver morir a un hombre, Gabri.

—Depende del hombre, la distancia, las circunstancias, la relación con su muerte... Bebe unos sorbos de menta y haz un

pequeño esfuerzo que te conduzca a considerarme tu amigo.

—No has sido nunca mi amigo.

—Es posible, pero la mujer no tiene la exclusiva de la veleidad. Puedo ser tu amigo, ahora. Y tú misma, oscuramente, lo presientes, puesto que vienes donde estoy, en busca de algo parecido al reposo. Anda, sóplate un tonificante.

Ella, medio incorporada, bebió a sorbos en la alta copa esmeraldina. Gabriel Dufrety acabó de amontonar a sus espaldas varios almohadones.

—Relaja el ánimo, arrellanando tu envoltura carnal. Píntame visualmente la perilla con blancas hebras y considérame un carcamal comprensivo y liberado de toda idea erótica.

—Lo mataron delante de mis ojos, Gabri. Como cuando murió Ginette... Delante de mis ojos...

—No creas en leves indicios de presagios. El hecho de que murieran Rudolf, tu novio; Ginette, tu amiga, o que ahora exhalase su último suspiro ante ti, otra persona, delante de tu vista, no significa ni mucho menos que des mal de ojo a nadie, mujer. Pueden tratarse de inocentes coincidencias casuales.

Los carnosos labios femeninos esbozaron una mueca amarga:

—Esta maldita guerra nos ha insensibilizado mucho.

—La guerra se alejó hacia el Este, y París vuelve a la normalidad. Si quieres dormir, te cedo este refugio, o si lo prefieres, mi alcoba. En la oferta no hay trampa... Entiéndeme, no es que sea hermético a tu atractivo, ya que la rosa, sin proponérselo, exhala un aroma para todas las narices. Lo que me cohíbe es la idea de que sería un grotesco canalla ante mi propio concepto, si pretendiese abusar de tu actual depresión. Palabra, puedes confiar en mí.

Ella miraba fijamente hacia un rincón. Fue diciendo en voz baja:

—Estuve hablando con el inspector Larzac. Le fusilaron a un hijo. Me odia, y parece complacerse en mi desesperación. Si le conocieras, me comprenderías mejor. Es cortés, suavemente irónico, y sin embargo me produce la sensación de que es un implacable enemigo.

—No debes ver enemigos por todas partes, Denise.

—Le explique lo que me sucedía. Me pidió la estampilla de la alcaldía. Mis papeles, mientras no tengan el sello reglamentario, no me autorizan a pedir protección.

—¿Protección? Siempre supiste protegerte.

—Cuando salí, me decidí a interpretar el papel de una mujer fácil. Cogí del brazo a mi sombra. Le dije que me invitase a cenar y aceptó.

—Por fin me voy a enterar... ¿Tiene voz de tenor o de barítono?

—No habló hasta que estuvimos un cenador de la «Pomme d'Or». Tenía una voz muy ordinaria, acento de meridional. Me dijo que se llamaba Marcel Preval. Expuso la misma teoría que tú y que al inspector Larzac.

—Será la primera vez que cornudo con un policía.

—Afirmó estar muy seguro de que yo poseía un secreto relacionado con la muerte de Rudolf. Le pregunté a qué se debía su extraña actitud al prolongar once noches seguidas su táctica silenciosa. Y contestó con una vulgaridad casi hiriente: «Esperé a que estuvieses madura, guapa»... Hasta en los sucesos más trágicos, hay una nota grotesca, Gabri.

—Es lo que hace soportable la existencia.

—Preval estaba sorbiendo una ostra con glotonería asquerosa, haciendo ruido, casi en blanco los ojos... ¿Conoces los cenadores de la «Pomme d'Or»?

—A uno de ellos me llevó una excéntrica sueca, y defendí mi virtud hasta el límite franqueable, Recuerdo una antesala tapizada en reps rojo y comedor falsamente hogareño, con toques lascivos de espejos, candelabros y juegos de luces de color, a voluntad del consumidor. Francamente detestable.

—El camarero dejaba los platos en la antesala, a petición del propio Preval.

—Toda la gama de la estrategia varonil. La pepitoria preliminar.

—Él no buscaba una aventura de esta índole.

—Repentinamente, sufres una enfermedad increíble en ti. Eres muy modesta. En todos los que te siguen o miran, no ves hombres entusiasmados, sino mecanismos dispuestos a extraerte un secreto.

—Preval estaba sorbiendo una ostra, cuando puso una cara extraña.

—¿Había mordido una perla?

—Me miró fijamente... Tardaré en olvidar sus ojos dilatados, con expresión de asombro... Permaneció un instante erguido y cayó de pronto, de bruces... Su cara rompió una copa... Y, entonces, vi

su nuca... Llena de sangre... Me levanté horrorizada.

—Esta escena me recuerda bastante una de las secuencias de «Pasaporte al infierno». Tu compañero era Roger, que hizo el muerto muy bien, y tú estabas magnífica de sinceridad, saltando en pie, aterrorizada, toda temblorosa.

—No era un balazo ni un cuchillo. Era una varilla larga, muy fina. Sobresalía por su garganta, bajo el mentón... Yo no había visto ni oído nada. Tardé en darme cuenta, y ya entonces, decidí no llamar. Pude salir, sin cruzarme con el camarero que nos servía, y vine directamente aquí.

—Hiciste bien, pero no debemos perder de vista que ya te estarán buscando. Las cenas galantes nunca terminan con la supresión violenta del candidato a amante. El camarero, al venir con la factura, protestaría indignado. Te describiría. Y ya queda justificada la intervención del inspector Larzac, puesto que tiene un asunto que es de su ramo: hemorragia cervical y desaparición de la que pudo ser testigo, y que al huir, pasa a ser eminentemente sospechosa.

—Yo no maté a Preval. No lo hice. Pero si Larzac no quiere creermelo, casi será la mejor solución. Iré a la cárcel común... No pasaré por la humillación de que me corten los cabellos.

—Recompongamos las diversas fases del caso. Vas a ver a Larzac y éste no te hace el menor caso. Te caracterizas de hembra ligera de cascos y agarras del brazo a tu sombra que, abierto el apetito, accede a cenar contigo. Se llama Marcel Preval, según declara, y en plena succión de una ostra, le dan la puntillada. Un instrumento largo y delgado, le atraviesa la garganta de pescuezo a nuez. ¿Qué pretendieron impedir? ¿Qué te hiciera revelaciones o que tú las pudieras hacer?

—Estoy muy cansada y... creo que ya, sin reticencias, tengo que ser completamente sincera contigo. Cierta vez dijiste algo que me impresionó.

—Soy experto en camuflar con muchas imbecibilidades, algún que otro diamante. ¿Qué te dije?

—Aseguraste que el dinero no era el motor de la felicidad, pero que, indiscutiblemente, salvo ser un hombre primitivo de escasas apetencias, la falta de dinero provocaba constantes incomodidades. Y que por consiguiente el lema del hombre moderno, era vivir

confortablemente, sin pararse en el menor escrúpulo.

—A veces me asusto yo mismo de lo trillado que es mi cinismo de almanaque rural.

—Tú has ganado mucho dinero amueblando casas de tenderos.

—No las amueblaba... Les infundía espiritualidad, colores intelectuales y prestancia de antiguo rico.

Ella, como siempre, más que escucharle, se estudiaba a sí misma, siguiendo el hilo de su reflexión.

—Yo sola no podré llegar hasta el final. Contigo, puedo intentarlo. Eres inteligente.

—Salta al oído.

—Si algunos pudieron creerte cobarde, yo sé que no le eres. Se necesita mucha confianza en la propia valentía, para aguantar sonriendo un bofetón en público.

—Te agradezco la delicadeza con la que te empeñas en adornar las realidades. Rudolf no me propinó un bofetón, sino una serie seguida de bestiales manotazos, y si sonreí, fue una estúpida mueca inconsciente, de turulato alelado, porque la cabeza me campanilleaba y me encontraba en el limbo. En pie, como los valientes, porque el último tortazo de propina, me reclinó contra la pared.

—Fuera como fuese, supiste hacer reír a Rudolf... Yo sé que contigo puedo llegar hasta el final.

—¿De qué camino?

—Uno muy peligroso.

—Donde posiblemente, uno de los baches tiene forma de varilla de acero apuntillando.

—Sí. Pero ignoro quién la dispara. Como tampoco sé quién envió a Preval. Quisiera dormir, Gabri... Hace bastante tiempo que no consigo hacerle tranquilamente. Aquí, sabiendo que tú impedirás que me pase nada, dormiría por fin, sin sobresaltos.

—Soy tu fiel perrazo, pero por si me pongo a aullar como un lobo rijoso, cerrarás por dentro la puerta del dormitorio. Aunque lo hayas olvidado de momento, estás estupendísima.

—Imbécil —murmuró ella, pero el tono era afectuoso—. Recuerdo que le dije a... Larzac, que había venido a verte, y que tú me aconsejaste visitarle. Si por estas conexiones, para mi incomprensibles, que entre sí tienen las diversas comisarías,

relacionasen el cadáver de Preval conmigo, sería posible que Larzac fuese avisado.

—Comprendo. Éste podrá venir aquí si averigua mi domicilio. Sabré recibirle decorosamente. Podrás seguir durmiendo tranquilamente, salvo que venga armado de una orden de registro domiciliar.

—Fuiste... Estás en la lista de colaboracionistas.

—Pero Larzac no es un cochino político, sino un policía bien educado. Bueno, ¿quieres dormir aquí o en mi recoleta alcoba?

—Donde quieras, Gabri.

—Así, tan sumisa, eres adorable. Ven conmigo. Realmente estás más que fatigada. Confiaste demasiado en tu fortaleza nerviosa.

En pie, se tambaleó ella. Dufrety la alzó en vilo, y enlazada a su cuello, reclinó ella la cabeza en el ancho hombro del decorador que, poco después, la tendía sobre una ancha cama.

Creación Dufrety. Imitando las antiguas camas normandas, con cuatro columnas con moderno aplique de tenue luz fluorescente, y cortinas que podían cerrarse en cuadro.

Apenas los rubios cabellos reposaron en las blandas almohadas, el cuerpo se desmadejó y una expresión de placidez física distendió las sensuales facciones.

—Los zapatos y la ropa serán prendas que se convertirán en hierro dentro de unas horas, muchacha.

Y corriendo las cortinas, aconsejó él:

—Dedica tus últimas energías a la comodidad.

En el interior, invisible, Denise Danglas fue desnudándose, cansinamente, embotada por un sueño avasallador.

—Dormirás hasta saciarte, Denise. En la mesita a la izquierda, bastará que presiones la tecla azul, y acudiré a tu llamada. Buenas noches, Denise.

Amortiguada por las gruesas cortinas, llegó la voz femenina:

—Eres bueno y compasivo, aunque no lo parezcas, Gabri. Buenas noches.

—Apenas abandone este recinto, salta y cierra la puerta por dentro. Larga es la noche...

Pero ella, no cerró. Quería dormir, solamente dormir.

En el diván cama de su refugio, el corso Dufrety intentaba conciliar el sueño, sin lograrlo. Su imaginación le torturaba.

No supo en qué momento, Denise Danglas despertó súbitamente, sentada en la cama, en plena oscuridad. Su jadeo fue disminuyendo. Había sido una pesadilla...

Las cuatro cortinas seguían siendo una muralla protectora. Nadie las había apartado. Era una pesadilla la que le presentó a tres muchachos apartando bruscamente las cortinas. Uno, reía, mostrándole una maquinilla de barbero. Otro, ceñudo, le dirigía hacia la frente la enorme boca negra de un revólver monumental. El tercero, sorbiendo ostras, lanzaba las conchas contra el techo y de pronto, un marisco empezaba a agitarse y planeando, se cernía sobre ella.

Como una monstruosa y prehistórica figura, erizada de largas púas delgadas, la ostra se adhería a ella nacidamente, sofocándola como una ventosa asfixiante...

Y despertó. En aquella soledad, sabía que no volvería a conciliar el sueño. Necesitaba una presencia humana, cordial, compasiva...

Pulsó la tecla azul.

CAPÍTULO VII

Abel Larzac no había sido nunca noctámbulo, salvo en casos de servicio. Pero desde que los resistentes se movilizaron formando el Ejército de las Sombras, su ritmo habitual sufrió modificaciones.

Tardaba en hallar el sueño, y por eso, no le despertó la llamada en la puerta de su habitación de la pensión cercana a Clichy.

Abandonó la lectura de un tratado de filosofía yoga y fue a abrir.

—Buenas noches, señor inspector. Me envía el comisario Grandjean, porque supone que a usted le puede interesar el asunto que está investigando en la «Pomme d'Or».

—Grandjean me conoce perfectamente. Vayamos pues donde me espera.

—En la «Pomme d'Or», señor —reiteró el ayudante del comisario.

No explicó nada más, durante el corto trayecto en el coche oficial. Ni preguntó Larzac. Había rutinas inviolables.

El famoso restaurante no presentaba ninguna anormalidad. Salvo, que dos camareros, uno en cada inicio de escalera que conducía al tercer piso, pretextaban amablemente a los que se disponían a subir, que los cenadores estaban ocupados.

Los policías iban y venían desde el tercer piso a la calle por la escalera posterior.

El comisario Grandjean no lo hacía ex profeso, pero no ignoraba que le apodaban «Maigret» por su cachazuda corpulencia, su pipa, y su constante afán por vigilar el buen funcionamiento de las estufas.

—Hola, Larzac. No estarías durmiendo, supongo.

—Bien supuesto.

—¿Conoces a este sujeto?

Larzac contempló al hombre cuya cara reposaba de perfil sobre la mesa, entre cristales rotos.

—Pues sí que le conozco. Se llama Marcel Preval y era de la

banda de Jacquot, el marsellés. Últimamente, se dedicaba a seguir por todas partes, de noche, y en Isla Saint-Louis como punto de arranque y acecho a una artista de cine.

—Entonces, te voy a ceder el asunto. Porque la estrella estuvo iniciando una cena con este joven, y desapareció sin pedir la cuenta. La descripción corresponde a la encartada en el expediente que tú pediste. El de la muerte de Hartmann. Por eso te llamé.

—Hay sobradas rubias sugestivas por Lutecia.

—Seguro que sí, pero el camarero reconoció a la Danglas. Le extrañó mucho que estuviera suelta, pero ha dicho que él se lava las manos.

—Excelente costumbre en quien lleva platos. ¿Qué clase de proyectil es éste?

—Puede ser una varilla de paraguas, partida por la mitad. Tan afilada que penetraría en la carne, soplada por un canuto emboquillado a unos buenos pulmones. Ahí tienes la cronología en el atestado. Hora de llegada y hora del descubrimiento. Testimonio del camarero y dictamen del forense. Firma aquí, compadre.

—Un momento, estimado colega. Este asunto puede muy bien no tener la menor relación con la muerte de Hartmann.

—Telefoné al Gran Jefe y le dije quién era la sospechosa. Su respuesta fue tajante. Y por eso te llamé, querido. Eres tú quien se hace cargo de cuántos paseos y cabriolas efectúe la Danglas. Y te lo cedo con toda generosidad —afirmó señalando el cadáver.

—Prefiero que seas un poco tacaño. Te pertenece llevarte el cuerpo del delito, puesto que lo encontraste tú primero.

—También es verdad. ¡Eh, pequeño!

Grandjean llamaba con el diminutivo a todos sus agentes. Acudía aquél a quien él mirase.

—Hazte cargo de trasladar al joven, pero, ojo, que te lo inscriban como propiedad del inspector Larzac.

Mientras los agentes y camilleros fueron realizando sus tareas, Larzac permaneció en la antesala, y cuando solamente quedó Grandjean, acudió al interior.

El comisario señalaba unos objetos sobre una mesa auxiliar:

—Tu fiambre tenía encima un fortunón. Veinte billetes de mil francos suizos, diez de quinientos dólares y diez de cien libras inglesas. Cantidades exactas, guardadas en un billetero con cierre

de cremallera y sujeto con esparadrapos a su camiseta. La pistola es alemana. Puede proceder del *maquis*. En su monedero normal llevaba escasamente cuatrocientos francos. Bien conocido es que no soy curioso... cuando duermo. ¿Se puede saber qué grandísimo secreto de Estado posee tu rubia?

—Eso intento conocer yo mismo. Y no soy el único, puedes creermelo.

—La banda de Jacquot, el Marsellés, tuvo varias actuaciones sonadas en el ramo del espionaje lucrativo, puramente comercial, ¿no? Si me carbura la memoria, hace dos años, en Niza, asaltaron el chalet de un diplomático turco.

—No era turco, era suizo. ¿Qué has sacado en limpio? —Hasta un novato, deduciría que no pudo ser tu rubia. El muchacho que cenaba con ella, no tenía nada de incauto y no hubiera consentido que una mujer, por guapa que fuese, viniera a acariciarle los rizos del cogote. La varilla penetró por el cogote, seguramente lanzada desde allí— y señaló el comisario la antesala. —Excluida ella como manejadora del arma, a ti te tocará dilucidar si estaba conchabada con el lanzador.

—¿Cerbatana?

—O pistola de agua, sustituyendo el chorro por una varilla. Pero yo no me escarbo más las meninges. El asunto es tuyo y sabes más que yo.

—Eres comisario y yo inspector.

—Bromas del escalafón, Abel. ¿Me necesitas?

—Has sido ya más que amable conmigo, Henry. ¿Alguien vio algo?

—El servicio tiene mucho trabajo y es lógico que por los pasillos y escaleras, la gente suba y baje. Nadie vio nada sospechoso. Ni hemos encontrado nada. Ni un mísero botón, ni una hebra de cabello, ni la menor huella. Los asesinos han hecho evidentes progresos, desde que en las novelas y películas, nos consideran a nosotros personajes obtusos. ¿Te quedas o nos vamos?

—Nos vamos —y en la antesala, colocándose a un lado, preguntó Larzac—: ¿Desde aquí, la trayectoria de tiro?

—Casi exacto. Por lo menos, el pequeño Gerard que trazó el círculo con yeso, sabe su oficio.

—Ella no estaba obligada a ver al tirador, ya que aquí la luz es

escasa, y abundan en cambio, los cortinajes. Además, pudo estar en pie, de espaldas, o mirándose al espejo. En fin, ella me lo explicará algún día.

Al pie de las escaleras, aguardaba el inquieto propietario. El comisario dijo bonachón:

—La casa queda por encima de toda sospecha, patrón. Ya puede hacer retirar el servicio, que laven los cubiertos y la mesa, y que siga la fiesta. De ahora en adelante, se cuida de este asunto el inspector Larzac, y sale usted ganando. Buenas noches.

En el coche, preguntó Grandjean:

—¿Te llevo a casa o al depósito?

—Déjame en Saint-Lazare. Iré luego por el depósito.

El comisario encendió su pipa, chupeteó absorto y titubeante, dijo:

—¿Sabes lo que opina mi mujer? Tú la excusarás, porque como a todas las buenas mujeres, le encantan los chismes sin maldad. Conste que yo me limito a repetirte lo que ella piensa. Ven una noche a cenar con nosotros. Está obsesiona con presentarte a una amiga suya, que según ella, es la mujer cabal para que tú... En fin, para que no estés tan solo, dice mi costilla.

—Tu mujer es como tú.

—¿Es halago o reproche, Abel?

—Sois un par de almas buenas. Y os lo agradezco. Dile que irá a cenar apenas termine este asunto de la Danglas. ¿Qué tal es la amiga?

—No está mal y te admira hace tiempo, ¿sabes? Treinta y dos años, morena, metidita en carnes, pero bien repartidas, y ha tenido muchos aspirantes, pero no les hizo maldito caso. Mi mujer y ella hablan de ti como si fueras un portento. En fin, ya estás en la Estación. Suerte, y si me necesitas, siempre me tienes a tus órdenes.

—Yo a las tuyas... y a las de tu mujer, Henri.

Cuando el coche volvió a arrancar, Grandjean apuntó con la pipa hacia el hombre que penetraba en el pasadizo del metro.

—Ahí donde lo ves, pequeño, es todo un hombre. Pero sigue a solas, se agriará y no podrá soportarlo más.

—¿El qué, señor? —inquirió, intrigado, el ayudante.

—Hemos hecho todo lo posible para convencerle de que no es el responsable de la muerte de su hijo. Pero no hay manera. El cree

que no debió consentirle nunca a su chaval que se alistase en la resistencia, sino cogerle de la oreja y llevarle lejos de Francia. Un drama más de los de nuestra época, pero de los peores, porque Larzac no se desfoga ni busca una compañía que le saque de su soledad. Bueno, eso dice mi mujer. Según ella, el drama de Larzac es muy íntimo, y de los que horadan la piedra como la gota de agua. Y tú ya conoces a mi costilla. Habla poco, pero a tiempo.

Pasaban minutos de la medianoche, cuando el inspector Larzac pulsaba el timbre engarzado en la verja, bajo la placa: «Gabriel Dufrety. Decorador».

Brotaron luces y la verja se abrió. En la puerta de la casa, abierta también, Gabriel esperaba, revistiendo un largo batín.

—Buenas noches, Dufrety. Cierta vez nos presentaron, hace ya bastante tiempo, unos cinco años... Acababa usted de llegar de Marsella.

—¡Ah, sí! Le recuerdo perfectamente... Usted es el inspector Larzac. Hágame el favor de considerarse en su casa. He abierto personalmente porque mi ama de llaves fue a la ciudad, al teatro. ¿Una lágrima de coñac, inspector?

—Y también un buen sollozo. Gracias.

Sentándose, examinaba Larzac la salita. Añadió:

—Un rincón muy acogedor y favorable para las confidencias. ¿Me esperaba usted?

—Di por descontado que Denise me citaría, si le visitaba.

—En efecto. Le mencionó. ¿Por qué la aconsejó que me viera? Gracias. A su salud.

—A la suya, inspector. Es una «fine» destilada en Borgoña. Denise me habló de un individuo que la seguía por todas partes, en silencio. Para ella, era ya una sombra de pesadilla, y le recomendé que fuese a la policía.

—¿Por qué precisamente a la policía, y por qué yo precisamente? Es un coñac excelente.

—Tengo reserva, debido a que un cliente vinatero me pagó así parte de la factura. Denise me dijo que en el suicidio de Ginette Prevost, fue usted el que efectuó la indagación.

—No acabo de comprender el apuro de Denise Danglas. Una mujer bonita puede inspirar en un hombre, el afán de seguirla en muda adoración.

—Una actitud muy normal en las dos primeras decenas de este siglo. Pero hoy, los hombres, envalentonados por la libertad del sexo opuesto, son mucho más prácticos. Han destruido el romanticismo inteligente del preludio, de la espera, y llegan mucho antes a la desilusión, aunque sea menos hiriente. Y tema aparte, le agradezco su delicadeza, inspector.

—¿Acerca de qué?

—No ha hecho la menor alusión a mi presencia en la lista negra de los Franceses Libres.

—Siempre podrá usted defenderse de la acusación de colaboracionista, aludiendo al vapuleo que le propinó Rudolf Hartmann.

—No creí que hubiera trascendido tanto, hasta el extremo de que usted estuviera enterado. Casi fue una diversión íntima, en reducido círculo.

—Me entregaron el expediente relativo al asesinato de Hartmann. Fue degollado y se relacionan los posibles enemigos particulares. Uno de los inscritos es usted. Pero no me juzgue tan escaso de sensibilidad como para no ignorar que un artista de su talla, si se decidiera a matar, lo haría con el debido respeto a la mínima estética.

—Gracias por su buen concepto y le felicito por su acierto. Yo considero el asesinato como una artesanía muy alejada de toda chapuza.

—¿Puedo hacerle perder el tiempo con divagaciones?

—Es mi deporte favorito. Además, usted no divaga, inspector. Y yo tengo la costumbre de pernoctar el máximo posible.

—Parece ser que Denise opina que usted se burla de ella.

—Es muy suspicaz y yo tengo fama de sarcástico. Es mi coraza contra el desengaño de entregarme a la compasión.

—En mi profesión, tenemos que tratar con una gran diversidad de tipos humanos. Y adquirimos una deformación. Clasificamos a la humanidad como a una asociación de criminales en potencia, donde cada ser puede convertirse en un futuro delincuente. Usted sería muy difícil de catalogar en esta clasificación, Dufrety.

—Honor que usted me hace, inspector. Aunque sea un honor muy especial, me envanece en lo que tiene de distinción. Lo horripilante para mí, sería que me catalogase al primer vistazo.

—Con el tipo clasificado vulgarmente, cometemos pocos errores. Los difíciles son los aficionados inteligentes. Esto lo asimilará usted prontamente. Usted es un experto decorador y no temerá la competencia de los profesionales, pero en cambio, le mortificaría la aparición de un aficionado inteligente, porque es capaz de revolucionar la ratina de la técnica conocida. Una persona que de pronto, por apetencias tentadoras, decide penetrar en el terreno delictivo, da muchos quebraderos de cabeza al profesional. No se comporta de acuerdo a la rutina, y desconcierta.

—Lo puedo comprender perfectamente. ¿Un poco más de coñac?

—No lo rehusaré, ya que insiste. Gracias. ¿Ha vuelto a ver a Denise, desde que hacia las ocho de esta noche, vino a visitarme?

—Sí. Precisamente está durmiendo en mi alcoba. En absoluta confianza amistosa. Estaba muy fatigada y prometió hablarme claramente cuando hubiese reposado. No hace mucho me llamó porque tenía pesadillas. Le sostuve unos instantes la mano, y recuperó el apacible sueño.

—¿Ve usted? Acaba de contestarme de acuerdo a mí teoría. Un profesional, casi, casi me habría contestado: «¿Y quién es Denise?». Usted admite con rotunda franqueza haber dado hospitalidad a una posible delincuente.

—Ahí la tiene en la alcoba. Puede interrogarla.

—Tiempo habrá. ¿Aludió ella a algo referente a una cena interrumpida?

—Me dijo que delante de sus propios ojos, vio morir a un tal Marcel, mientras sorbía una ostra. Lo grotesco, con pincelada chorreando carmesí, sobre el lienzo de un mantel de cenador privado en la «Pomme d'Or».

—Recientemente, imperó en Francia bastante desorden, pero la rutina vuelve a imponerse, para bien o mal. Es preciso que nos comportemos de acuerdo con normas establecidas, todo lo convencionales que usted quiera, pero existentes. Si Denise no quiso obedecerlas, usted debió hacerlo, ya que le considero inteligente. Pudo evitar las represalias de un hombre de la Gestapo, y ahora está evitando la lógica dureza de los actuales tribunales. Si supo nadar y guardar la ropa, ahora no debió infringir un precepto legal que exige dar cuenta de un delito o verse acusado de encubrimiento.

—Tuve la convicción de que usted me enviaría a buscar, me

telefonaría o me visitaría. Yo no podía hacerlo, puesto que desconocía el sitio exacto donde hacerle llegar mi deseo de verle. Y ya que se hizo usted cargo del caso cuando murió Ginette, deduje que también se ocuparía de Denise.

—Me complace verle tan bien dispuesto. Mencioné antes unas tentaciones que nada tienen que ver con la fascinante personalidad de Denise. Usted no ignora que Hartman ganó mucho dinero, porque era un hombre de negocios que sabía efectuar buenas inversiones. El organismo judicial encargado de realizar las incautaciones de bienes, tiene el convencimiento de que Hartman escondió sus bienes y documentos. ¿Dónde? Quienes tuvieron contactos directos con Hartman son los que deben saberlo.

—Hartman era el prototipo del hombre reservado, hermético e impenetrable.

—Siempre existen instantes de debilidad o intimidad en que el dominio de uno mismo cede, aunque sea brevemente.

—Eso puede saberlo un íntimo amigo o la mujer amada.

—Exacto. ¿Hace muchos años que perdura la amistad entre usted y Denise?

—Mal puede perdurar lo que ni siquiera nació. La absoluta confianza amistosa que la hace descansar en mi alcoba, es circunstancial. Ella, sintiéndose víctima de la postguerra, acudió a verme. Lo único que teníamos en común era el estar en una misma lista negra.

—Usted percibió dinero alemán como decorador, si bien no intervino en nada punible, salvo para conciencias que consideraron poco digno de un francés soportar la amistad con el ocupante.

—El tendero que vendió mantequilla a alemanes y a franceses atendía a su «*modus vivendi*». El mío era decorar. ¿No quiere interrogar a Denise?

—Preferiría primero preguntarle a usted si tiene inconveniente en colaborar conmigo.

—Yo colaboro con toda aquella persona, sin distinción de raza ni oficio, que me demuestra cortesía y sensatez. Considéreme su muy atento colaborador, en la medida de mis capacidades.

—¿Ha oído hablar de un «gangster» marsellés, llamado Jacquot?

—Me encanta la prensa truculenta.

—Es un especialista en una rama productiva del delito. Es como

si dijéramos, la mano de obra, asalariada por el tenebroso mundillo del espionaje sin nacionalidad. El espionaje considerado como una actividad comercial. Comprenderá ahora mi anterior alusión a determinadas tentaciones apetecibles.

—Jacquot no será dueño de una virtud capaz de resistirse a generosas ofertas monetarias.

—Eso es. Y envió a uno de sus auxiliares, cuya presencia constante, hizo perder el control de sus nervios a Denise. Pero Marcel Preval, el enviado de Jacquot, perdió más. Le mataron ante ella, o en complicidad con ella, aunque me inclino a creer en la posibilidad de dos bandas afanándose en torno a un mismo objetivo. Es una teoría, naturalmente. ¿Puedo exponérsela?

—Le escucho con sumo interés.

—Jacquot es asalariado para que consiga que un secreto que Denise posee, deje de serlo. O bien, Jacquot trabaja por su cuenta propia. Tengo informes de que estuvo en mayo del año pasado en París, y era muy aficionado al cine, no como espectador, sino como asiduo a los centros de rodaje. Lo difícil no es encontrar a Jacquot, sino detenerlo con pruebas suficientes. También figura en la lista de posibles enemigos particulares de Hartman.

—Usted supone, pues, que Denise sabe algo que puede valer mucho y significar la pérdida de las vidas complicadas en lo que ella sepa. Entonces, cabe la suposición de que ésta seguirá libre hasta que revele su secreto y muera apenas otros lo sepan. Ha citado la banda de Jacquot. ¿Hay otra?

—Puede ser... Ya le dije antes que si existe un señuelo poderoso, hasta usted mismo, que como el personaje Rastignac, vino a París dispuesto a hacerse rico, no pueda resistir la tentación.

—Rastignac, el ambicioso arribista de «La Comedia Humana», tenía conmigo otro punto de firme creencia: no nos apetece hacernos ricos a trueque de perder la piel o de las incomodidades prolongadas de una estancia en presidio.

—A menos que se juzgue lo suficientemente apto para soslayar ambos riesgos.

—Cuando los bienes propiedad de un asesinado, desaparecen, quien los pretenda disfrutar, no tardará mucho en ir a la cárcel. Un panorama que me obliga a ser prudente y persistir en ser moderadamente adinerado.

—Había documentos... Son los que creo movilizaron a Jacquot. Interrogarle a él, me daría los mismos resultados que preguntarle a usted. Cero. ¿No se ofende, espero?

—En absoluto, inspector. Si usted sospecha de Denise y comprueba que ella busca mi ayuda o protección, es plenamente admisible que usted me inscriba entre sus sospechosos.

—Existe para mí un grave problema. Detener a Denise no solucionará mi investigación. Salvo si ella consiente en no encerrarse en su ambiciosa reticencia. Está atemorizada, pero no quiere acogerse a la protección oficial. Se halla ante un dilema peligroso... y no se trata precisamente de un guion donde la sangre es pintura y la muerte pura ficción. En fin, le ruego que me preceda... si sigue teniendo la convicción de que ella nos espera.

—Le doy mi palabra de que no la he avisado y además cerré la puerta por fuera. Yo podría pedirle la orden de registro domiciliario, pero puesto que colaboro...

—Eso quisiera. Excúseme si tengo mis dudas.

—Es su oficio, inspector. Un policía sin dudas sería como un pintor sin pupilas.

Repicó con los nudillos en una puerta de madera, tallada con figuras de corderos cabalgados por ninfas.

A la vez que abría, dijo:

—Soy yo, Denise. Me acompaña...

Se calló, sorprendido. El inspector, sin sorprenderse, iba examinando la alcoba.

Descorridas las cortinas, la cama aparecía visible y desocupada. Sobre la alfombra había una estatuilla derribada.

La ventana correspondiente al jardín lateral, estaba abierta de par en par a la aromática negrura de la noche.

Acercándose a la cama, preguntó Larzac:

—¿Los artistas no proveen a sus invitados con dos sábanas?

—Sí, naturalmente, pero la que falta... —Y Dufrety parecía sinceramente desconcertado—. Le doy mi palabra de que yo no tengo nada que ver con esta desaparición.

—Siendo usted decorador, puede ambientar cualquier puesta en escena. Tendrá que acompañarme, acusado de encubridor, con la atenuante de haberlo reconocido espontáneamente.

—Como quiera. ¡Pobre Denise!

—No le cante el responso tan apresuradamente. Muerta no sería utilizable. Si se marchó por su pie, o fue obligada, seguirá viviendo mientras consiga reservarse su secreto.

—¿No va a comprobar? Tiene que haber huellas.

—Las hay. Un par de hombres han entrado, abriendo la ventana con el clásico mastic y diamante. Falta un círculo de cristal cortado limpiamente desde fuera, aplicando adherente para evitar el rumor de la caída del cristal. Introdujeron la mano, abrieron, y al entrar dejaron las huellas de sus suelas con barro, en esta magnífica alfombra blanca. Taita una sábana, que debieron rasgar para amarrar y amordazar a Denise, agotada y durmiendo sin recelo. A menos que todos los indicios formen parte de un bien meditado decorado realístico.

—Puestos a deducir, no se prive. Sugiera que yo soy un «gangster» al frente de una banda rival de la de Jacquot.

—Prefiero no precipitarme en mis juicios.

—Comprenda que me habría resultado mucho más sencillo y menos trabajoso, apenas le reconocí en la verja, avisar a Denise para que escapase.

—Es posible. Todo eso lo declarará donde corresponde. Ha cesado la conversación privada.

—Bien... Usted manda, inspector.

—Tal vez sería excesivo solicitar que se pusiera usted al volante de su propio coche.

—¡En modo alguno, carape, no faltaría más, señor inspector! Le recibí con el ruego de que se considerase en su casa. Sin baladronadas, le aseguro que no me preocupa mi situación. Pienso en Denise... Algún trío de muchachitos rencorosos, como en el caso de Ginette, puede haberla seguido y ahora, cabe la posibilidad de que aparezca flotando ahogada en el Sena.

Endurecidas las facciones, manifestó Larzac:

—Ya no se ocupan de Denise los muchachitos rencorosos que fueron mucho más hombres que usted, Dufrety. Y perdone la manera de señalar. Cerciórese de si cierra bien las puertas, por si se prolongase su ausencia.

—Escribiré una nota para Marión, mi ama de llaves. La dejaré en la cocina. —Y sobre una amplia hoja de dibujo, fue trazando el decorador rápidos trazos con carboncillo—. Bien visible es, pero se

lo leo. Dice tan solo: «Si tardo en regresar, espere sin intranquilizarse». Es una mujer honorable que me concede el privilegio de su afecto. Cuando usted quiera, inspector. Soy todo suyo, aunque me permito insinuarle que ambos perdemos el tiempo... Hay un tal Jacquot, mucho más interesante que yo.

—Es posible, pero Jacquot ignoro dónde se halla, por ahora. Y a falta de pan... ya sabe.

—Sí. Yo resulto el bizcocho. No se lo recrimino, ya que se hace difícil abrirse camino como investigador, cuando las nieblas están pobladas de sombras mortales.

CAPÍTULO VIII

Denise Douglas no pudo chillar cuando despertó bruscamente. Algo flexible y sedoso se adaptaba en prieta, envoltura alrededor de su cabeza, envolviendo también a medias su cuerpo.

Le unían las manos apretadamente, y aquel súbito conjunto de repentinas sensaciones, la hizo creerse durante algunos segundos, víctima de otra pesadilla.

Era transportada en vilo, erecta, retenida con brutalidad su cabeza contra un musculoso torso, fue deduciendo angustiada. Un hombre robusto, que la llevaba abrazada a un costado, corriendo ágilmente. Una carrera que se prolongaba, hasta que de pronto fue depositada sobre algo blando y elástico.

Oyó el ronquido de un motor en marcha y quedó tendida de lado sobre el asiento posterior de un coche, mantenida inmóvil por la mano que se apoyaba encima de su hombro.

Era inútil debatirse. En los tobillos y muñecas se le hincaba un apretado ligazón, ancho, trenzado, como de tela retorcida.

Trataba de respirar, resollando anhelosa, porque la sofocaba la envoltura de lienzo. Parecieron adivinar su dificultad. Una mano fue tanteando hasta que la mitad superior del rostro le quedó descubierta.

Inspiró con ansia, vibrátiles las aletas de la nariz.

Estaba vuelta de cara contra el asiento e intentó girar la cara. La mano musculosa le asió con fuerza de la melena.

—Quieta, Denise. Saldrás beneficiada. No incordies.

Una voz ordinaria, aguardentosa, con acento meridional y giro marsellés, como el que caracterizaba al que había muerto aquella misma noche.

Y se tranquilizó. No eran patriotas vengativos. Eran sujetos similares a Marcel Preval. *Nervis*^[2].

El frío acuchillaba su carne, mal envuelta en la sábana, mientras

el coche conducido expertamente rodaba hacia el este, en silencio los tres *nervis*.

No fue largo el trayecto y el motor se detuvo cuando ella calculaba que llevarían unos veinte minutos a bastante velocidad.

Volvieron a transportarla como un fardo, cubriéndole de nuevo la cabeza, y reconoció, muy amortiguados, rumores identificables. Tres puertas, una tras otra, y por fin, unos muelles al gemir bajo su peso.

La luz eléctrica la deslumbró por unos instantes. Estaba en una alcoba femenina. Y una mujer angulosa, joven, estaba quitándole la estopa trenzada que aprisionaba sus muñecas y tobillos.

Era una morena de rostro enjuto, y muy salientes pómulos y cuerpo de efebo, más esquelético en el negro conjunto de jersey y falda. También su acento era marsellés y barriobajero:

—Será mejor que te eches aquella bata por encima, Denise. Las mujeres de tu clase no le gustan a Bebert.

La morena salió de la alcoba, y en la puerta, antes de cerrarla, se enmarcó un individuo. Era de baja estatura, pero macizo y hercúleo.

Vestía un pantalón de dril azul y un jersey del mismo color, moldeaba su abombado pecho. Tenía la clásica facies achatada del pugilista castigado por muchos combates.

Tocándose la visera de su gorra gris, habló roncamente:

—Hola, guapa. No debes asustarte... todavía. Yo soy Bebert, y ya oíste lo que ha dicho mi mujer. No me gustan las de tu clase. Hasta aquí, te trasladé con educación. No vas a querer que te transporte nuevamente, porque sería recto al hoyo... ¿Qué le pasó a Marcel?

Denise Danglas acabó de ajustarse el cinto de la bata, con la que apenas lograba cubrirse. No era gruesa; sino que la mujer de Bebert era demasiado flaca.

—Marcel me dijo que ya era hora de... Pero escuche, con violencias, nada conseguirá.

—Ni quiero emplearlas por ahora, si no me obligas a ello. Entraste en la Jefatura Principal, estuviste dentro una buena media hora y cuando saliste, le saltaste encima a Marcel agarrándote de su brazo como una lapa. Explícate, sin trolas.

—El inspector Larzac no quiso venir a interrogar a Marcel y fue

entonces cuando comprendí que no era un policía, ni un agente del contraespionaje. Fuimos al «Pomme d'Or» y apenas hablamos, pues al poco... y no vi cómo ni quién... Marcel se abatió sobre la mesa, con una varilla de acero, clavada en la nuca. Me escapé y como Gabriel Dufrety me había ofrecido alojamiento, allí fui.

—Y de allí te sacamos. ¿Qué es lo que sabe el decorador?

—Nada. Yo habría llegado posiblemente a un acuerdo con él, pero estaba muy cansada y sólo quería dormir. Deseo terminar de una vez con todo esto, salir de Francia, poder dormir, no ser una marioneta acechada por sombras...

—Fuera, Bebert.

El que así intervenía, entró por otra puerta. Bebert salió apresuradamente, con la docilidad de un perro bien amaestrado.

Denise contempló al que se instalaba en una silla, con indolente parsimonia, estirando las piernas y examinándola en silencio.

Sorprendida, dilató ella los ojos, exclamando:

—¡Jacques Marsan!

—Es halagador que me recuerdes, puesto que hace más de un año que te fui presentado en los estudios. Tendrás que excusar el método empleado para reanudar nuestra relación, pero tuvo que ser improvisado sobre la marcha. Mi primera intención fue que personalmente, tú misma, decidieses entablar negociaciones con Marcel. Pero, por lo visto, hay otros gatos tras el mismo pez. Cuando nos conocimos, diste por supuesto, como los demás, que yo era el hijo de un rico industrial lionés. Durante la guerra, resultaba fácil disponer de abundantes identidades. Bien, confieso que sigues siempre siendo una maravilla, pero te noto algo inquieta. No debes ya temer, puesto que sabes que soy un buen muchacho.

Jacques Marsan, en los estudios cinematográficos, había sido un amable curioso. Pero Jacquot Corbiere, rubio y de finos rasgos, poseía mucha astucia y falsedad bajo su amable aspecto. Sus grises ojos acechaban a Denise Danglas.

—Bebert me amenazó.

—Es un simpático bruto, incapaz siquiera de deshojar una margarita... salvo orden en contra.

—Eres muy distinto al amable industrial que nos invitó a Rudolf y a mí, a cenar en la «Rotonde». Lo recuerdo bien, porque Rudolf comentó que eras listo y despejado. Pensaba captarte para el

servicio de propaganda.

—Los laberintos de la política, escapan a mi comprensión. Por eso me esfumé. Tú dirás qué precio quieres cobrar para salir con completa seguridad, totalmente indemne, de Francia. Ya ves... No digo pagar, sino cobrar.

—¿Debo decirte que no sé de lo que me estás hablando?

—No, no lo digas, Denise. Ya hemos perdido bastante tiempo los dos.

—¿Puedo preguntarte qué es lo que yo puedo venderte?

—Naturalmente, mujer. En el registro efectuado en tu piso, tampoco estaba la libretita de Egon. Como ves, yo soy claro y no me ando por las ramas. Procura imitarme. ¿Dónde escondiste la libreta de Egon?

—No puedes enojarte si te hablo como una mujer de negocios. He estado pensando mucho en este momento, es decir, cuando me viera frente a quien pudiera pagar en lo que vale la libreta que Hartman, al aproximarse la liberación de París, me dijo que guardase entre mis cosas más apreciadas. Si bien no sé mediante qué misterioso conducto, pudiste conocer la existencia de esta libreta, supongo que no ignorarás tampoco, que vale una fortuna.

—Puedo pagarla.

—¿Cómo?

—Marcel te llevaba como anticipo, veinte mil francos suizos, cinco mil dólares y mil libras esterlinas. Los hemos perdido y te los descontaré. Fija tú misma el precio.

—No se trata de eso, Jacques, sino de resolver... Escucha, yo quiero vender la libreta de Egon, pero sin que me pase nada.

—¿Qué iba a sucederte, criatura?

—Una vez tú supieras dónde está... No puede sorprenderte que te considere un aventurero al margen de la Ley.

—A mí, personalmente, Egon, su libreta y tú, me tenéis enteramente sin cuidado.

—¿Tan sin cuidado como Rudolf Hartman?

—Igual. Me pagaron para liquidar a Hartman y apoderarme de cuántos documentos tuviera, así fueran papeles en blanco. Le encontré en tu piso, y lo liquidé.

Cerró ella los párpados, y siguió escuchando:

—Me dediqué a buscarte, hasta que Marcel dio contigo, y

empezó su ronda, relevado de día por Bebert, ambos apoyados de lejos por otro. La técnica consistía en que no estando fié, hados, ambos podían circular libremente, convertidos en tu sombra constante, y Marcel, sin hablar, podía hacerte comprender que la libreta te iba a resultar un fardo muy pesado para ti sola. Si has reflexionado sobre este momento, el de la negociación, te será fácil garantizarte contra ulteriores daños y perjuicios.

—Una vez tuvieras la libreta, ¿quién me daría a mí el dinero?

—A tu gusto, criatura. Elige el mejor sistema.

—Te supongo a ti con más práctica, Jacques.

—En efecto. ¿Tienes alguien que sea de tu confianza?

—Yo pensaba compartir con Gabriel Dufrety, pero ahora... ¿para qué?

—Te comprendo. Quieres todo el dinero para ti sola, y haces bien. A mí me han dado carta blanca hasta cierta cifra. Yo debo pagar y recoger. Le aseguré a que me paga que no acudiría a violencias ni a torturas. Todo sería un sencillo negocio, pero como tienes dudas sobre mi honorabilidad, y no pienso rebatirlas, decide el mejor medio. Si no hubieras contado con Dufrety, ¿qué habrías hecho?

—Pedir como primera condición que me proporcionas en los medios de salir de Francia.

—Lógico... Pero ten presente que es difícil. Estás en la lista negra, y ahora tu situación ha empeorado, porque al encontrar a Marcel, tieso para los restos, te estarán buscando.

—Tú puedes lograr que salga de Francia.

—Seguro que sí. ¿Y después?

—Cuando esté fuera de Francia y me entregues el dinero, te revelaré dónde escondí la libreta de Egon.

—No vayas tan aprisa, criatura. Si no te fías de mí, ¿por qué razón he de confiar en ti?

—Porque te consta que yo solamente quiero el dinero y nunca he tomado parte en negocios de esta índole.

—Puede probarse. Tendré que consultar con el que me paga. Te quedarás aquí, al cuidado de la mujer de Bebert. Antes de irme, voy a darte un consejo amistoso. No sufrirás el menor maltrato, siempre y cuando correspondas al buen tratamiento como es debido.

—¡Quiero irme pronto, Jacques!

—También quiero yo terminar lo antes posible con este endiablado negocio. Estamos pues unidos por la misma ansiedad. Pero se presentó la complicación en la persona del inspector Larzac. Estuvo en la «Pomme d'Or» y me asombraría mucho que no haya iniciado sondeos por los lugares donde me conocen. Es capaz de echarme una jauría de sombras vigilando mis pasos. En fin, procuraré liquidar este negocio lo antes posible, pero sin precipitaciones de última hora, que son las que arruinan los mejores planes. ¿Te apetece algo sensato y factible?

Jacques Corbiere se expresaba con una cortante frialdad.

—Tengo mucha sed, Jacques.

—También Helene es de las que tienen sed, y no de agua pura, precisamente. Mientras esperas, podrás jugar al parchís con ella. Pórtate como una buena chica, y no te arrepentirás. Ahora voy a facilitarle el encuentro a Larzac. Sin exageración, ese Larzac es un bicho peligroso.

Abel Larzac fue más afortunado en su recorrido, cuando cerca de las dos de la madrugada, en el bar «Pierrot», reconoció al hombre que estaba buscando.

Jacques Corbiere parecía muy absorto en la partida de naipes que jugaba con tres conocidísimos indeseables en un rincón al fondo del largo local de Montmartre.

Larzac se aproximó, saludando en tono cordial:

—Buenas noches, señora. ¿Estorbo, Jacquot?

—Pero ¡caramba, señor Larzac!... Es un honor su presencia. Vosotros, id a terminar la partida en otra mesa, a menos que el inspector ordene otra cosa.

Los tres compañeros de juego de Corbiere, miraban interrogantes al policía, que acentuó su amable entonación:

—Hasta el momento presente, todos estamos en regla, señores. Es con Jacquot únicamente, con quien deseo charlar amistosamente.

Los tres protectores de trabajadoras nocturnas, se alejaron lo más posible. Al sentarse, invitó Corbiere:

—¿Tomará algo, señor Larzac? No me lo desprecie.

—Una cerveza. «Alsace» mismo. Esta noche he estado pensando en ti con cierta frecuencia, Jacquot. Eres algo así como la eminencia gris, el asesor en la sombra, del tortuoso mundillo que pasa muchos sudores en sus intentos de vivir sin trabajar decentemente.

—Usted sabe que nunca me negué a reconocer alguna: pecadillos, pero hace ya algún tiempo que vivo decentemente. Invertí dinero de lotería en unos taxis, y la cosa rinde. A su salud, señor Larzac.

—A la tuya, Jacquot.

Hubo una pausa, y Larzac se rascó el centro del bigote con la uña del pulgar. Miraba fijamente a Corbiere que forzó una sonrisa:

—Bien, usted dirá, señor Larzac...

—O tú, muchacho.

—¿Qué quiere que le diga?

—Lo que hacía Marcel Preval de sombra tras una rubia.

—¿Marcel? Es un mozo muy inflamable y hace ya algún tiempo que no me trato con él. Se independizó. No le gustaban los taxis, y decidió instalarse por su cuenta. La última vez que le vi, hará cosa de unos tres meses, andaba por Burdeos, escapando de los alemanes.

—Pues vino esta misma noche a hacerse clavar un largo alfiler en la garganta. Murió en el acto, o sea que no tuvo tiempo de cometer indiscreciones. No empieces a abrir la boca y agrandar los ojos, Jacquot. Compréndelo, muchacho... Cuando tú empezabas a dar bandazos, yo llevaba algún tiempo navegando en este mar, aunque claro, enrolado en la tripulación opuesta. Pero a la larga, se plasma un proceso químico de absorción. La policía se pone a pensar como los maleantes, y viceversa. Yo tengo la absoluta convicción de que Marcel seguía a la rubia por razones que tú conoces perfectamente. No te esfuerces en negarlo.

Jacquot arqueó las cejas con expresión de resignada pesadumbre:

—¿Cómo quiere usted que nos regeneremos definitivamente? Basta que uno de nosotros haya cometido algunas tonterías en su pasado, para que ya no haya modo de quitarse las manchas. Matan a un antiguo amigo, y ya está armado el tinglado. Lo siento por Marcel y por usted, pero si quiere atrapar al asesino, no puedo ayudarle en nada, porque le juro por mi madre, que no sé quién lo mató.

—No hace falta que lo jures. Pero es que yo no te pido que me digas quién mató a Marcel. ¿Conoces a Denise Danglas?

—¿La artista de cine? Un bombón bien trufado.

—Ella era la que estaba cenando con Marcel y salió escapada, ante el cadáver de tu antiguo amigo. Después, cuando me disponía a charlar con ella, desapareció, en contra de su voluntad. ¿Seguro que no tienes nada que contarme, Jacquot?

—Puedo hacer averiguaciones. Si han matado al pobre Marcel, es mi deber de compañerismo, ayudarle en todo lo que esté a mi alcance, para encontrar al asesino.

—Puedes empezar... Basta con que me digas dónde tienes escondida a la artista de cine. Sí, a la rubia Denise, el bombón trufado.

—Pero ¡caramba, señor Larzac!... ¿Está usted bromeando o qué?

—Será la cerveza la que me hace parecer chistoso. Cuando asesinaron a un tal Hartman, ¿te enteraste o no?

—Ese Hartman me suena a nórdico.

—Alemán, y por favor no derroches tu ingenio. Viajas mucho y no ignoras quién era Hartman.

—¡Ya caigo! Era el *Fritz* amante de Denise.

—¿Ves tú como vas cayendo? Lo degollaron en el piso de Denise, ausente ella, y precisamente el propio día del Gran Tumulto.

—Cosas de la guerra.

—Mírame de frente, Jacquot. Te dio de pronto por bizquear apenas salió a relucir el degüello de Hartman.

—El médico dice que es un poco de avitaminosis.

—Sigue haciéndote el gracioso conmigo y cuando te pase la factura habrá un recargo por el servicio de tener que aguantarte... Mientras anduviste de jefecillo por Marsella y provincias, a mí no me interesaban tus manejos. Pero ahora estás en París y sus alrededores. Uno de tus conductores de taxi se llama Bebert, también conocido por «Tortuga».

—Sí. Y es un gran muchacho. Trabajador y serio.

—Sabrás por dónde anda este modelo de laboriosidad.

—Esta noche es la que le toca de reposo. Pero si quiere, puedo buscarlo. ¿Qué ha hecho Bebert ahora?

—Nada de particular, salvo que calza el cuarenta y le hacen los zapatos a la medida. Tiene la planta muy ancha. Un cuarenta, pero en ancho una mitad más que tus pies o los míos.

—Yo, francamente, nunca sentí el menor deseo de medirle las

plantas de los pies a Bebert.

—Pues cometiste un grave error, muchacho. Me temo que será tu primer fallo.

—Si Bebert nació con los pies planos, no es culpa mía. Palabra que ni conocí a su mamá. El tampoco.

—Estás perdiendo la pachorra, Jacquot. Y yo no quiero perder mucho más tiempo contigo. Venía con deseos de hacer un buen trato, a base de conjugar el verbo: «Yo te ayudo, tú me ayudas...», pero ya que me ensartas chistes groseros, creo que es inútil insistir.

—Bueno, señor Larzac, no hay que tomarse las cosas por la tremenda. Lo que pasa es que el hecho de saber que Bebert tenga los pies anchos, no consigo relacionarlo con un fallo mío.

—Trataré de relacionarlo. Es indiscutible en que estarás de acuerdo conmigo en que Bebert conduce uno de tus taxis.

—Eso es una fija.

—¿Un «Renault», matrícula

22 457

-AP?

—En efecto.

—¿Calzado con «Michelin 8»?

—Es mi marca preferida.

—¿Recauchutado hace poco el tren trasero?

—Sí, recuerdo que pagué una cuenta de recauchado, sí.

—Ya vamos llegando a coincidencias, en pleno acuerdo. Ahora, agárrame los pies de Bebert dejando huellas de barro en una alfombra, mete esos dichosos pies por un jardín, hazlos desaparecer en un sendero con rodadas de «Michelin 8», dos evidentemente recauchutados, y vete barruntando. La alfombra estaba en el dormitorio donde reposaba Denise, el jardín rodeaba la casa de la que ella desapareció y ya te has enterado por qué he venido a charlar contigo.

—Yo no puedo prohibirle a Bebert que en sus noches libres se dedique a negocios ajenos al mío.

—Es posible. Por eso han ido a preguntárselo. Elegí dos preguntones bastantes brutales.

Jacques Corbiere esbozó una sonrisa, desmentida por la súbita alarma que destelló en sus ojos.

—Bebert estará durmiendo. Creo que vive por Passy.

—Es su domicilio anotado en el gremio de taxistas. Ahí estarán mis dos agentes, a ver lo que opina Bebert.

Intensamente aliviado, Jacquot se hizo afectuosamente reprobatorio.

—Palabra que si éste se ha metido en líos que le produzcan a usted alguna molestia, le retiraré la amistad. Bien que se lo tengo dicho que no es lo mismo cometer algún pecadillo por provincias, que sentirse tunante en París. Hay que saber comportarse, caramba.

—Eso es, Jacquot. Voy a privarte de mí compañía, pero como en el fondo no me caes demasiado mal, prefiero advertirte que... Supongo que ya sabes lo que es una sombra en nuestra jerga común.

—Pues sí, claro.

—No será como Marcel. La mía no se dejará ver, pero durante algún tiempo, solamente estarás invisible cuando te encierres en el cuartito con el rótulo: «W. C.». En fin, ya eres mayor de edad. Es simplemente un aviso entre competidores, y has de apreciar la lealtad por mi parte, ¿no?

—Pero ¡caramba, señor Larzac!... Vamos a ver si consigo comprenderlo, ¿de qué me acusa usted?

—De nada y por eso mismo no te llevo conmigo. Esperaré. Eres maestro en el arte de esperar, y sabes que da excelente cosecha. Bueno, salud, Jacquot.

—Ídem, señor Larzac.

Pero cuando el inspector abandonaba el bar, Jacques Corbiere, entre dientes, distribuyó imparcialmente sus maldiciones contra el «condenado polizonte entrometido» y el «espantoso cretino» Bebert con sus patas de ganso delatadoras.

Y para colmo, le constaba que muchos de los éxitos de Larzac, se debían al tino con el cual seleccionaba los sabuesos destinados a invisibles seguidores y que, sin embargo, se adherían como impalpables sombras.

Empezó a meditar en el mejor medio de no perder su libertad ni su espléndida comisión, si tenía que llevar a buen fin aquel negocio de la libreta de Egon. Y no podía, aunque quisiera, echarse atrás en el trato.

Lo que le encolerizaba más, era aquel infernal suplicio de tener casi la meta al alcance de la mano y ver interponerse a la maldita

banda de funcionarios de la Seguridad Nacional. Consideró ya excesiva aquella repentina racha de mala suerte: tener que tropezar precisamente con uno de los más finos policías de París, por añadidura totalmente impermeable al soborno.

En su celda de detenido preventivo a disposición judicial, Gabriel Dufrety paseaba en el estrecho recinto, hundidas las manos entre el pantalón y el liso abdomen.

Desde que en el garaje había comprobado que había dos agentes esperando, dedujo que si bien Larzac podía exhibir un léxico a veces casi melifluo, conocía muy bien el terreno que pisaba.

No había vuelto a ver a Larzac. Cuando, tendido boca arriba en la litera, dormitaba a intervalos, y oyó el cerrojo, pensó que por fin, sabría a qué atenerse.

Pero no era Larzac el que entraba, sino los dos mismos agentes que le habían conducido a la comisaría.

—Síguenos, Dufrety.

—¿Puedo saber dónde?

—A su casa. Allí se enterará del resto. También estará más cómodo para esperar, por si tarda el inspector Larzac en venir a verle.

Eran ya más de las cuatro de la madrugada, cuando Abel Larzac entraba en la casa, de cuyo vestíbulo se fueron los soñolientos agentes a una señal del inspector.

En la sala anexa, Gabriel Dufrety dormía profundamente. Abel Larzac colgó sombrero, abrigo y bastón paraguas del perchero. Se aflojó el nudo de la corbata, instalándose en un sillón frente al diván donde Dufrety roncaba estrepitosamente.

Cerrando los ojos, pensó que no habría novedades hasta entrada la mañana, salvo si Jacquot cometía una imprudencia, cosa difícil en el taimado marsellés.

Meditó en un axioma importante para su plan: los maleantes tenían un olfato especial para reconocer a los policías, vistieran como fuera y aunque tuvieran aspecto de empedernidos delincuentes.

Y no era tanto la captura de Bebert la que le interesaba, sino evitar que de nuevo escapara Denise Danglas o volviera a encerrarse en su hermetismo.

Había aleccionado debidamente a los tres muchachos, tan

pronto obtuvo las señas de la casita que, entre Corbeil y Barbison, en el cinturón exterior de París, poseía Helene Fernand, la «regular» de Bebert, alias «Tortuga».

CAPÍTULO IX

Helene Fernand, a las nueve de la mañana, contempló amorosamente a su hombre que acababa de saltar de la cama para ablucionarse en la cocina. Y apenas él estuvo sentado, procedió ella a servirle el copioso desayuno, insinuando:

—No es que pregunte nada, Bebert, pero ¿no tenía que venir Jacquot?

—No tenía que venir, ni me jeringues con preguntas. ¿Qué tal se portó la inquilina?

—Estuvo bebiendo y charlamos.

—Dirás que estuvisteis empinando el codo y que ella se hinchó de oírte divagar.

—Luc te puede decir que...

—Gracias a Luc, estoy seguro de que la inquilina aguardará... ¿Quiénes son aquellos tres tipos? ¿Les conoces?

Interrumpiendo su desayuno, Bebert acababa de ponerse en pie, mirando por la ventana a la carretera. Su diestra estaba hundida en el ancho bolsillo de su chaqueta de cuero.

Helene vino a su lado, apartando un poco más la cortina.

—No les conozco, pero no son policías. Se ve a la legua.

—Se ve, se ve pero con la inquilina arriba todo visitante, por sano que parezca, me escama. Avisa a Luc que esté listo por si hay fuegos artificiales.

—Son tres muchachos que...

—Ya sé contar hasta cinco, majadera. ¡Arriba, y a lo dicho, condenación!

Helene salió disparada hacia el piso alto.

Bebert examinó con desconfianza a los dos que se acercaban, mientras el tercero permanecía en la carretera junto a un coche.

Dos muchachos con boina, canadiense, pantalón y botas de motorista. Llevaban un brazal tricolor.

Bebert abrió la puerta quedándose en el dintel. De los dos que se acercaban, el más alto saludó llevándose dos dedos a la visera de la boina:

—Buenos días, ciudadano. Hemos estado procediendo al registro domiciliario por los alrededores, y solamente nos queda esta casa.

—En esta casa vivimos mi mujer, su hermano y yo. Todos nuestros papeles están en regla.

—No lo dudo, pero eche un vistazo a los míos. Tengo orden y permiso para los registros. Andamos buscando a varios *colabó*, y nos dieron un soplo de que por este sector los había camuflados. No puede usted molestarse porque cumplamos con nuestra misión.

—Sí que me molesta. La guerra ya se acabó, y en cuanto a la mención de que yo pueda camuflar traidores, eso sí que no lo tolero.

—No se ponga furioso, ciudadano. Si estamos hablando entre franceses patriotas, no hay por qué enojarse.

—Llevo el sello de la alcaldía en mi carnet, ¿no? Mírelo bien, y comprenderá que si no estuviera en regla, no me iban a permitir que condujese un taxi.

Armand Dupuis asintió, mientras hojeaba el carnet. A su espalda, dijo Ernest Dupont:

—Este ciudadano respira sinceridad por todos sus poros, Armand. Estoy ya cansado de meter las narices donde no se encuentra nada. ¿Cómo está usted, señora? Vámonos, y perdonen la molestia.

—No hay de qué, amigos.

—Tengo sed y el cacharro también. ¿Un poco de agua para todos? —pidió Dupuis.

—Y también vino —dijo Bebert—. Mujer, sírveles lo que quieran a estos valientes.

—Gracias. ¡Eh, Robert! Trae la lata para el agua.

Desde la carretera, Robert Leduc ondeó la mano. Poco después entraba en la cocina con el bidón que Helene fue llenando en el grifo de la pila.

—¿Es que no os dejan descansar nunca? —comentó Bebert—. Ya es hora de que volváis a vuestros trabajos.

—El servicio es el servicio —dijo Dupuis pomposamente, dejando su vaso vacío sobre la mesa.

Robert Leduc abandonó la cocina con su bidón lleno. En aquel mismo instante, Armand Dupuis consiguió, de acuerdo con el plan trazado por Larzac, llamar la atención de Bebert, apuntándole con el índice:

—Creo que nos vimos en algún lado del Ródano, usted y yo.

—Es posible. Mi mujer y yo nacimos en Avignon.

—Una hermosa ciudad. Con otro bidón ya estaremos completos. Vete a ver qué hace Robert, tú. Es un chico torpe cuando lleva toda la noche despierto.

—Eso pasa —rió Bebert conciliador—. ¿Otro vasito?

—Muy a gusto. Una casita tranquila y en el campo, cerca de París, siempre ha sido el sueño de mis viejos. Bueno, están tardando... ¿Qué estarán haciendo estos dos pelmazos?

También se aproximó Bebert a la puerta. Giró sobre sus tacones, sorprendido, al oír la voz del que debía estar en la carretera, pero que bajando por la escalera superior, anunciaba:

—Arriba hay algo poco claro, Armand.

Bebert fue rápido, pero Armand Dupuis llevaba años de entrenamiento en toda clase de sorpresas y deslealtades.

El culatazo que aplicó fue certero, completándolo con un estirón al brazo derecho de Bebert.

Helene no gritó porque le inspiraba mucho temor el joven fanático encañonándola, aunque dijese:

—No va contra usted, señora. ¿Qué pasa arriba, Ernest?

—Robert inutilizó a uno que nos acechaba desde la ventana. No se comportó normalmente, puesto que su obligación era venir a saludarnos en vez de esconderse.

Armand arrodillado sobre la espalda de Bebert, le reuma los codos con varias vueltas de correa provista de una hebilla especial. Dijo:

—Ese gandul iba a sacar una pistola. No cabe duda, que aquí hay gato encerrado, Ernest. Átale los codos a la señora, mientras voy a registrar. Cuidado con esta pareja.

Armand subió la escalera, encontrando en el rellano a Leduc que señaló a su prisionero. Luc Vilar, sentado en el primer peldaño, sujeto por los codos a un poste, recobraba el sentido.

Leduc mostró una llave tendiéndola hacia una puerta. Dijo en voz baja:

—Está durmiendo. Esta vez... no hay ventana en el cuarto.

—Vete con Ernest, y llevadme al trío a la bodega. Ojo, por si viene alguien inesperadamente.

Dupuis introdujo suavemente la llave. Abrió empujando rápidamente. Denise Danglas, sobresaltada, se incorporó.

Acababa de reconocer a uno de los tres muchachos, cuya presencia impulsó a Ginette Prevost a arrojarse por la ventana.

—Buenos días, ciudadana. Lamento haberla asustado, pero estamos efectuando un registro. ¿Quiere mostrarme su documentación?

—No... No la tengo aquí.

—Eso dicen cuando no quieren enseñarla, aunque puede que sea verdad. ¿Dónde está su documentación?

—En París.

—Es imprudente viajar sin documentación, en estos tiempos. De todos modos, el alcalde de la localidad podrá atestiguar que tiene usted está en regla.

—La tengo en París. No resido aquí.

—Bien. Vístase. Me volveré de espaldas.

Volvióse Dupuis, pero con la vista en un espejo.

Temblando, se deslizó ella fuera de la cama. El camisón de Helene le venía muy estrecho. No podría revestir ropas de ella. ¿Cómo explicaría la falta de ropa? Murmuró:

—Vine con el vestido manchado, y está a secar. No tengo otra ropa.

—Hay un armario donde veo vestidos colgando. Tengo prisa, ciudadana. Imíteme, si tiene la conciencia tranquila. Dese prisa.

Febrilmente, trataba ella de hallar un medio de huir. En aquella alcoba sin ventanas, la puerta era la única salida. La interceptaba el joven de espaldas.

Buscó ella algún objeto contundente. Su mano tocaba un frasco de champaña vacío, cuando apremió Dupuis:

—¿Tendré que vestirla yo, ciudadana? Mis dos compañeros aguardan abajo.

«Era imposible escapar», pensó, mientras ahora sus manos recorrían los vestidos colgantes. Eligió una blusa, una falda y un abrigo amplio. Los zapatos le venían ajustados.

Se decidió. Por el camino hacia París, ya encontraría una

solución. Aquellos tres muchachos, podrían ser fáciles de engañar. Tenía que intentarlo todo.

Logró una sonrisa condescendiente:

—Cuando quiera, señor, podemos irnos. Mis amigos se extrañarán...

—Han ido a la alcaldía, para visar sus papeles. No se preocupe por ellos, sino por usted.

—No tengo nada que temer. Usted me asustó al entrar violentamente, y eso es todo.

Mostró Dupuis la escalera. Ella descendió ajustándose el abrigo con un cinto de hule rojo. Sus rubios cabellos, peinados apresuradamente, caían en amplia melena sobre los hombros.

Tras ella, comentó Dupuis:

—Siga recto hasta el coche. De todos modos teníamos que volver a París. ¿Dónde vive?

Inventó ella:

—En el Bulevar Indochina.

—¿Por dónde cae?

—En el 19, cerca de Barbey.

Al atravesar el jardín, reprimió ella un estremecimiento viendo a Leduc al volante, y atrás a Dupont. Quedó ella sentada entre Dupont y Dupuis.

—Esta ciudadana dice que tiene su documentación en París. En marcha, Robert. Tendrás que dar un rodeo porque vive en el 19.

Al arrancar el coche, dijo el conductor:

—Precisamente por el 19 viven mis primos. ¿En qué número y calle reside usted, ciudadana?

—En el 72, del Bulevar Indochina.

—¿Eh? —Y sin volverse, indicó Leduc—: Echa un vistazo al plano, Armand. Hasta ayer mismo, el Bulevar Indochina sólo tenía 66 números. Es precisamente donde viven mis primos. La última casa.

Sabiendo que ella inventaba, la imitaban. Un sadismo juvenil, incontenible. Era en lo único en que se apartaban de las instrucciones que les dio el inspector Larzac, cuando les despertó de madrugada.

Temblando nerviosamente, trató ella de afianzar la voz:

—Dije la primera dirección que se me ocurrió, señores, pero no

fue para engañarles, sino porque tengo miedo de que mi esposo sepa que estuve ausente.

—Ah, ah... ¿Una aventura amorosa, señora? En este caso puede contar con nuestra discreción. Oye, Ernest, ¿no te recuerda algo la cara de esta ciudadana? Tú tienes buena memoria para recordar las caras.

—Desde que la vi, he reconocido a esta embustera. ¿Sabéis quién es la indina?

A la vez, a cada lado, sintió ella la presión de una mano en su codo. Cerró los ojos, angustiada.

—Muchachos, es la propia Denise Danglas. La minia inspiradora de Rudolf Hartman. Nada menos y nada más.

—Vaya, vaya... Y pretendía enredarnos con su historieta de casada infiel. Hace muchos días que te buscamos, Denise.

—No la asustes —intervino Dupuis—. En realidad, esta mujer no delató a nadie, según consta en su expediente.

—Pero no me negarás que estuvo dándose la vida padre, mientras nosotros comíamos yerba. Lo que te pasa, Armand, es que desde aquel asunto de Ginette Prevost, estás muy cambiado.

—Lo estoy en un detalle que considero de justicia exponer. Esta mujer trabajaba en el cine, cuando el alemán compró las acciones de la productora. ¿Qué iba a hacer ella, si sólo sabía hacer cine?

—Defiéndela ahora. Sólo faltaba eso. Te has vuelto muy blando, y estás olvidando a los que cayeron ametrallados.

—No por culpa de ella. Seamos justos.

—Dejad de discutir tontamente. Me tomaría un café a gusto —dijo Leduc, señalando con la zurda las primeras casas de Jouvy—. Pararé en la cantina a tomarme un desayuno. Haréis lo mismo, por turnos, porque con el estómago frío se dicen muchas necedades.

—Conformes —refunfuñó Dupont—. Voy contigo.

El coche se detuvo en las afueras. Bajaron Leduc y Dupont dirigiéndose al cercano bar. Separándose en el asiento, comentó Dupuis:

—Las cosas han cambiado un poco, pasado el primer arrebato. No es justo que paguen los que menos culpa tienen, cuando hay tantos oportunistas que merecen y reclaman nuestra atención.

—Gracias, de veras... Usted, al menos, ha comprendido mi drama.

—En cierto modo. Pero ellos dos, no. Son menos tolerantes.

—¿Qué harán conmigo?

—Dependerá del distrito donde la juzguen. Hay jueces más o menos duros, según sean más o menos viejos... ¿Por qué no escapó cuando pudo? Se habría evitado todo esto.

—No podía... Déjeme huir. Usted es bueno.

—La responsabilidad sería mía. Los otros dirían que usted me sobornó. Y tiene poca gracia, pasar por un vendido, sin cobrar.

—Yo le pagaría lo que fuese... No se ofenda. Es mi vida la que está en juego. Y yo no maté ni hice daño a nadie. Le daré lo que me pida, porque tengo... porque me prestarían dinero...

—Hace tempo que sueño con una moto, pero estoy sin blanca. Y no sería antipatriótico dejarla escapar a usted...

—¡No lo es, no!

—Escuche... Podemos arreglarlo. Con cierto cincuenta mil, me basta.

Asintió ella, esperanzada. Poseía ciento diez mil en el bolsillo interior de la chaqueta dejada en casa de Dufrety. El decorador podría dejarle el resto.

—¿Y sus dos amigos?

—Tienen ganas de ir a dormir. Les diré que la entregué al comité cercano a mi casa. ¿Dónde tiene el dinero?

—En casa de un amigo, en Neuilly.

—Bien. Asunto liquidado. Al fin y al cabo, vale más una moto para perseguir granujas que una hermosa mujer pagando culpas ajenas.

—Gracias —susurró ella.

Regresaban los otros dos. Dijo Dupuis:

—Aprisa, que tengo ganas de dormir. Tomaré café apenas deje a esta ciudadana en el comité de mi barrio. No la mortifiquéis más.

—De acuerdo. Entonces, tú mismo dejarás el coche en el cuartel. Éste y yo nos apearemos en nuestro barrio, salvo si mandas otra cosa.

—Le pondré el cinto a la ciudadana, y la dejaré bien vigilada.

Cuando se apearon los otros dos, recobró ella la serenidad. Al volante, dijo Dupuis:

—Tendré que convencerles a los dos de que usted se escapó, y creo que no me será difícil. Alegaré que usted me sedujo... Ya sabe,

aquello del espíritu fuerte, pero la carne débil... ¿Está ya más tranquila?

—Sí. Toda mi vida le recordaré con gratitud.

—Yo hasta que se rompa la moto, o me rompa la crisma.

Gabriel Dufrety bostezando, se frotó la nuca y los riñones. Pestañeó al mirar al que se sentaba frente a él, y comentó:

—No me diga que hemos estado durmiendo juntos, inspector.

—A la debida distancia. Usted sí que ha dormido. Pero a mí me despertaron hacia las seis y media. Uno de mis hombres acudió al teléfono y le dijeron algo muy raro. Tomó nota y colgó.

—¿Y qué le dijeron?

—Por ahora, secreto del sumario. Media hora después, atrapamos en el jardín a un individuo que pretendía entrar cautelosamente. Resulta que es un músico de *jazz*. Todo está muy confuso, Dufrety. ¿No sería mejor que me ayudase un poco?

—Tener amigos músicos, no es un crimen.

—No lo es, pero tienen un extraño modo de pedir comunicación sus amigos. Cuando mi agente descolgó, oyó lo siguiente —y leyó Larzac en su libreta—: «Pregunte por Dufrety. Dígame que se trata del presupuesto Siete Sinding».

—Son negocios relacionados con la decoración. Y que me llamen a hora temprana no es extraño. Soy un trabajador nocturno, normalmente.

—Pasemos pues a otras cosas menos normales. En un patio de la Isla Saint-Louis, exactamente en el palacete del conde Jean Eglantier, ausente, mis hombres atraparon a un individuo que parecía acechar algo o a alguien. Resulta que es también músico de Jazz, de la misma orquesta que el atrapado en su jardín, Dufrety. ¿Curioso, no?

—Pues, sí, es innegable. Aunque los músicos suelen ser excéntricos, noctámbulos y divagatorios.

—Los están interrogando, y ambos están incomunicados, por el momento bajo el cargo de allanamiento de morada. Han sido consultados sus antecedentes... Y hay un dato coincidente en ambos... Estuvieron en un *stalag*... Precisamente el 17. Y fíjese en otra coincidencia. En el expediente sobre la muerte de Hartman, la etiqueta dice: «Stalag 17».

—Si vamos a la cocina, tomaremos algo caliente, inspector.

En la cocina de blancos esmaltados rutilantes, conectó Dufrety el doble hornillo eléctrico.

—Está usted muy bien instalado, Dufrety.

—Mi error fue olvidar que debemos ganarnos la mantequilla con el sudor frontal. Pero la tentación como dijo usted, era apetitosa. Y no se infringían leyes ni se cometían delitos, al intentar descubrir el secreto de Denise.

—¿Usted cree? Se olvida de la varilla incrustada en Freval.

—No fue ninguno de mis siete amigos.

—¿Siete? Mucha gente, según para qué fin. Por cierto, son siete los componentes de la orquesta «Arpegian». Conjunto que durante la guerra fue invitado por los ocupantes a residir en un campo de concentración. Precisamente el «Stalag 17».

—De ahí arranca todo. ¿Con leche o solo, inspector?

—Me serviré yo mismo, gracias.

—Tal vez habrá usted pensado que es bastante posible que a estas horas, Denise puede estar muerta.

—Si así fuera, ella misma se forjó el ataúd.

—Usted no conoce el pasado de Denise. Me refiero a su adolescencia. Pasó muchas privaciones.

—Estábamos hablando de una orquesta, Dufrety. Y antes de que prosiga debo decirle que sospeché la probabilidad de que fuera usted miembro del contraespionaje.

Gabriel Dufrety mojó una tostada, cabeceando afirmativamente.

—Lo fui, en carácter de aficionado. Me enorgullece afirmarle que, salvo usted, nunca lo sospechó nadie. Pero me negué a que fuese hecho público y me quitasen de la lista de colaboracionistas, porque así contaba con que Denise, apurada, vendría a verme.

—Volvamos al «Stalag 17».

—Cuando los aliados tras el desembarco, formaron la bolsa de cerco en la región picarda, ¿sabe quién era el comandante en jefe del «Stalag 17»?

—Franz Hartman.

—Eso es. El hermano de Rudolf. Usted es una enciclopedia, inspector.

—Sé leer. Hay notas marginales en el expediente.

—En el «Stalag» donde estaban los siete músicos, había también un prisionero suizo, muy bien tratado. Se llamaba Egon. Ingeniero

químico.

—Consta en las acotaciones marginales. Los alemanes, mejor dicho, Hartman, le concedieron un trato de privilegio.

—Franz Hartman, como dueño absoluto, permitió que Egon trabajase en ciertos experimentos, dándole un laboratorio. Los músicos estaban convencidos de que Egon era uno de estos sabios ilusos, que sin prejuicios raciales, desean trabajar en bien de la humanidad. Egon confió a uno de los músicos que estaba ultimando un gran invento. Un gas que él llamaba «Inertia».

—La otra palabra en la cubierta del expediente.

—No explicó en qué consistía, pero aseguró con fe que su poseedor evitaría las guerras cruentas. Y Franz Hartman tenía un hermano financiero, Rudolf, que vino a visitarle al campo 17, días antes de la liberación. Egon tenía una dolencia bronquial que se agravó. Los que le asistieron en sus últimos momentos, dijeron que murió contento.

—Por lo que dijo usted antes. Porque tenía ilusiones. Porque creyó que su invento evitaría mortandades en la próxima guerra.

—Entonces, los músicos, apenas liberados, vinieron a verme. Sabían que yo era considerado un cínico ambicioso. Averiguaron que Rudolf Hartman había sido degollado, y su piso saqueado. Deducimos que si alguien tenía el invento de Egon, era Rudolf, y muerto éste, Denise. Porque Rudolf confiaba plenamente en ella. Y entonces decidimos tener siempre al acecho a Denise, hasta que ella, sintiéndose constantemente vigilada, decidiese pedirme ayuda.

—Sus músicos emplean misteriosas consignas.

—Resabios de mi afición al contraespionaje. A cada músico, para comunicar conmigo, le etiqueté con el número del disco y el nombre del compositor, de mi álbum favorito.

—Entonces, ¿trabaja usted para el contraespionaje?

—No, no. Puramente por mi cuenta. Pensaba compartir con Denise el valor en venta de los documentos científicos de Egon.

—Usted dijo antes que sus amigos acechaban siempre a Denise. Como sombras fieles. Espero no fuesen mortales. La vieron entrar en el «Pomme d'Or». ¿Quién mató a Marcel Preval?

—Los «Arpegian» y yo nunca estimamos que en el posible reparto monetario se incluyese nunca el gravamen estúpido de un asesinato.

—Debo pues, pensar, en un tercer interesado en el invento.

—Y con todo fervor, atrápelo. Descártenos a nosotros. Somos una buena orquesta y no desafinamos. Estábamos a punto de conseguir la revelación final, cuando usted se inmiscuyó.

—Jacquot.

—¿Ése es el que tiene usted que atrapar!

—No mató a Marcel, puesto que era su propio testafierro. El que mató a Marcel, ¿por qué no intentó hablar ahí mismo con Denise? En esta nota discordante, reside toda la clave del misterio. Ella vino a verle a usted, dispuesta a compartir su secreto. Lo cual demuestra que no entró en relación con quien matase a Marcel, salvo que el lanzador de varilla fuese uno de sus músicos.

—No. Ellos no. Ya estoy bastante complicado y renuncio a perder mi tranquilidad espiritual. Por eso mismo, ha de creer ahora en mi sinceridad.

Miró Larzac su reloj, y agregó Dufrety:

—Marión, mi ama de llaves, llega a las nueve.

—La invitarán amablemente a regresar a su casa, hasta nuevo aviso. Debido a ciertos motivos, tengo su domicilio muy discretamente vigilado, Dufrety. ¿Quiere realmente volver a ser un tranquilo decorador?

—Es mi más reciente ambición, muy anhelada, créame.

—No hay delito en pretender beneficiarse de un invento no robado, sino en custodia, y que al desaparecer Hartman, pertenece por lo tanto a Denise. Tenemos aún tiempo para ver si desea colaborar conmigo, esclareciendo su turbia situación personal, la de su orquesta y la de la propia Denise.

Cuando el coche se detuvo ante la casa de Dufrety, dijo Denise:

—Mi amigo tendrá que prestarme lo que falta para los ciento cincuenta mil. Preferiría no decirle a él la razón.

—Por mí, de acuerdo. Presénteme como lo que quiera.

—Como mi salvador... Sin ironías, Armand. De veras. Tocó el timbre que hizo funcionar los muelles de apertura. Del porche acudió Dufrety corriendo, y ella fue sincera en su convulso abrazo.

—Gabri... ¿Qué pensaste cuando no me encontraste en tu alcoba?

Armand Dupuis arqueó las cejas, mientras inquiría Dufrety:

—¿Estás del todo bien, Denise? ¿No te pasó nada grave?

—Ya te contaré. Este señor me salvó, y tuvo que pagar por mi libertad, ciento cincuenta mil. En mi chaquetón tengo ciento diez. ¿Puedes prestarme el resto?

—Al instante. Tú misma encontrarás el dinero en la caja metálica sobre la mesa del estudio.

Entró ella en la casa, y mirando a Dupuis comentó el decorador:

—Ha sido usted muy caballeresco, señor...

—Dupuis. Oiga, usted tiene una cara que ha salido en la Prensa. Esta melena... En fin, ya no es asunto mío.

Reapareció Denise, acabando de introducir en un gran sobre abultado billetes de mil. Dijo, al entregarlo a Dupuis:

—Mi gratitud eterna, Armand. Ya no creía en la ecuanimidad, y usted...

Molesto, atajó Dupuis:

—Olvidémonos todos, y tratemos de vivir en paz. Adiós.

Se alejó apresuradamente, habiendo cumplido según las instrucciones dadas por Larzac, enfocando todas las posibles reacciones de la estrella.

En el estudio fue explicando ella lo sucedido desde su rapto.

—... y felizmente, Dupuis se apiadó de mí.

—Por ciento cincuenta billetes, cualquiera es piadoso.

—Nos hemos endurecido mucho, Gabri, al tener un solo afán: enriquecernos pronto y como sea. He sufrido mucho desde el suicidio de Ginette... Pero si poseo algo que vale una fortuna, no voy a renunciar. Tengo que confiar en ti... ¿Vino a verte Larzac?

—Sí. Y se convenció de que yo no sabía nada. Parece ser que busca a Jacquot.

—Fue Jacquot quien mató a Rudolf.

—Lo condecorarán. Otra taza de moka y quedarás confortada.

—Quiero irme de Francia cuanto antes. Volveré cuando todo esté normalizado, y sepan comprender que no merezco ser maltratada simplemente por haber sido la novia de Rudolf.

—Era teutón. Y por ahora, hasta que no pasen unos meses, sigues estando en peligro.

—Tú me protegerás, ¿verdad, Gabriel? Los dos vinimos a París con el mismo propósito. Triunfar, hacernos ricos como fuera. Los dos somos ambiciosos, porque tuvimos una adolescencia miserable. Miseria y más miseria al ir creciendo. Comer lo justo para no morir

de debilidad. Esto endurece mucho.

—Nos consta.

—Y yo le tomé afecto a Rudolf, porque para mí fue un hombre bueno. Sí, de acuerdo, me regaló pieles, joyas y capitalizaba mis películas... ¿A cambio de qué? Lo puedes creer o no, pero quería casarse conmigo cuando la guerra acabase, y nunca me insinuó nada...

—No te sonrojes. Sé que es verdad. Tu Rudolf, a su modo, era un romántico contigo.

—Por eso, cuando dijo que teníamos que huir, me entregó una pequeña cartera sellada. Afirmó que conté —nía algo de un valor incalculable, que no quería llevar encima. Teníamos que reunirnos a las ocho de la noche en las afueras. Esperé toda una larga noche, y vino Ginette. Habían matado a Rudolf.

Dominaba ella la emoción del recuerdo doloroso y añadió:

—Ella y yo nos escondimos en el piso alto de la casa de Eglantier. Y fue entonces cuando decidí que tan pronto estuviera fuera de Francia, vendería al mejor postor lo que era mío. Mío, puesto que me lo entregó Rudolf. Pero entonces... la sombra... ¿cómo pudo Jacquot averiguar...?

—Alguien se lo diría. Eran muchos los franceses en el «Stalag 17».

—Sí, claro...

Y repentinamente se irguió ella, mirando asombrada al decorador.

—¿Cómo puedes tú saber...?

—Te olvidas ya que en el expediente policíaco que me ha citado Larzac, se menciona el campo 17, y cierto gas llamado «Inertia». Ellos no tienen más que un zumbido de rumores vagos... Cierta ingeniero suizo llamado Egon, que tenía su laboratorio en el «Stalag 17». Rudolf visitando a su hermano Franz, que era el jefe del campo.

—Franz le entregó a Rudolf la libreta en que Egon había anotado todo el proceso, en fórmulas, de la elaboración de un gas, por cuya posesión cualquier Estado pagaría millones.

—¿Por qué no Francia?

—Somos *colabós*, Gabriel.

—De poca monta. ¿Cuánto crees que puede valer la libreta de

Egon?

—Millones.

—¿Diez?

—Yo pensé que con algunos millones, una mujer puede ser feliz, o por lo menos encontrar la felicidad.

—Puedes intentarlo. Yo puedo negociarte la venta.

—Primero has de llevarme fuera de Francia.

—Escucha... Si visito a un amigo mío, oficial de Estado mayor, y le expongo el problema, él mismo nos proporcionará una respetuosa escolta hasta cualquier frontera cómoda. Suiza, por ejemplo.

—Sí, pero querrá comprobar primero la existencia de la libreta.

—Cuanto ante te la quites de encima, más pronto quedarás libre de estas sombras fieles y mortales.

—Al no encontrarme, Jacquot puede venir aquí.

—Déjale, porque esta vez no me pillaré desprevenido.

—Jacquot me dijo que pidiera lo que quisiese.

—No le costaba mucho ofrecer. Después hubieras seguido la misma suerte que Rudolf.

—Dijo que tenía que ir a consultar con quien iba a pagar. Él fue quien asesinó a Rudolf... En aquellos momentos, cuando me lo confesó, yo estaba aterrorizada. Si volviera a verle, creo que le mataría. Llevo días y noches de constante pesadilla.

—Tú misma puedes terminar con ella.

—¿Irías tú a buscar la cartera que me entregó Rudolf?

—No. Yo estoy contigo, y aquí me quedo. Le diré a mi ama de llaves que vaya donde tú me dirás. Ella es cándida y me tiene afecto. Irá a buscarla, ignorando su contenido, y me la traerá o la dejará donde yo le indique, por si viniese aquí Jacquot.

—Cuando vino Ginette a decirme que habían matado a Rudolf, comprendí que era un peligro conservar conmigo la cartera. Le dije a estaque iba a esconder mis joyas. Ella decidió hacer lo mismo, en otro sitio. Estábamos en el bosque de Melun, cerca de los cotos de caza.

—Un lugar muy solitario y extenso, ¿no?

—El seto que bordea la pequeña playa del río en Robinson, tiene estacas marcadas con números que señalan cada media legua. Hice un hoyo en la tierra al pie de la estaca sexta, envolviendo la cartera en mi capuchón impermeable.

—Se notaría la tierra recién removida —insinuó Dufrety.

—Sobre el hoyo relleno, volví a colocar las piedras que forman la base y apuntalan la estaca. Ahora, ya lo sabes todo. Confío que, tan pronto tu amigo de Estado mayor...

—No tan aprisa. Te olvidas de Larzac. Está buscando al hombre que mató a tu sombra.

Ella se aplicó ambas manos en las sienes. Un gesto que podía parecer teatral, pero que era sincero en su patetismo. Musitó:

—¿Crees que una mujer de firmes nervios puede tener —tener alucinaciones?

—Y también un hombre, querida. ¿Cuándo tuviste tus alucinaciones?

—Cuando vi que estaba muerto Marcel... miré hacia la antesala. Un hombre huyó. Creo... creo que era... Rudolf Hartman.

El comisario Grandjean, en su despacho, relleno calmamente su pipa. Al encenderla miró unos instantes al que acababa de sentarse. Después sopló humo hacia el techo y preguntó:

—¿Lo haces adrede o eres así?

—Salvo que puntualices, sigo amodorrado —afirmó Larzac.

—Pase que te inhibas en el «Deuxième», dándoles el trabajo casi terminado, pero que luego duermas como una marmota nueve horas seguidas, colocando el cartel de «No Estorbar» en tu puerta, es incomprensible.

—Sin embargo, es lógico. Teniendo sueño, hay que dormir. Simple ley orgánica.

—Te conozco desde que debutaste, Abel. Antes, hasta no saber en qué terminaba un caso, eras capaz de pasarte cuarenta y ocho horas seguidas más despierto que un búho.

—Antes, tenía menos años y mucha más curiosidad.

—Yo también envejezco, pero sigo teniendo la misma curiosidad. ¿Sabes qué fue lo primero que hicieron los del «Deuxième» apenas te marchaste de la casa de Neuilly?

—Supongo que encerrarían a Dufrety y a la Danglas.

—Eso para empezar. Pero también fueron pitando al seto de Robinson, en Melun. ¿Sabes qué encontraron?

—Lo que buscaban.

—Sólo arena, gravilla, tierra, piedras y un poste.

—Curioso... Denise se creía a solas con Dufrety. Por lo tanto, no

tenía por qué mentirle.

—No mintió, pero no olvides que por allí, varios días después que ella escondiera su botín, pasaron ingleses. Soldados expedicionarios, que instalaron sus tiendas de campaña. Los del «Deuxième» están que echan las muelas, porque han de llevar con suma diplomacia sus investigaciones. Buscan qué batallón acampó allí, qué compañía, qué sección... hasta que logren topar con el soldado que removió el hoyo, y volvió a dejar solamente el capuchón impermeable, pero sin nada dentro.

—Me temo que Dufrety la Danglas van a pagar los platos rotos.

—Por lo pronto acusan a la Danglas de traidora a su patria, dándole a entender que su obligación era entregar la libreta de marras al Departamento Ministerial de su propia raza. Y mal asunto también para Dufrety, por trabajar por cuenta propia, sin acudir al servicio secreto.

—No voy a ponerme a llorar por esta pareja de codiciosos. Por mí, que los fusilen. No me convencieron con sus argumentos egoístas. Yo le tendí la mano a ella, pero se empeñó en querer ganar millones. El, pese a mis advertencias, quiso pasarse de inteligente. Podré perdonar al delincuente que no sabe otro oficio. Pero dos ambiciosos como la Danglas y Dufrety, sólo me inspiran mitad lástima, mitad repulsión.

—De acuerdo. Hay novedades de Jacquot. Estaba muy tranquilamente en el «Pierrot». Se extrañó cuando en vez de aparecer vulgares polis como tú o yo, se vio invitado a salir por dos tipos que él creyó que eran maquis. Pero eran agentes del Segundo.

—Debió sudar el pobre.

—Lo cocinaron bien, casi amablemente, con la promesa de dejarle tranquilo si revelaba quién era su patrón accidental. El chico estuvo muy decente. Dijo que si hubiera sido uno de su clase, o sea un *gangster*, no delataría, pero como era un burgués sucio, cantó de plano. Era el dueño de la «Sulfex», ese rumano que vendía chatarra al ocupante, y se cubría el futuro pagando pasajes clandestinos a resistentes. Fue este navegante en aguas revueltas, quien pagó a Jacquot para que liquidase a Rudolf Hartman y tratase de quitarle la dichosa libretita.

—Dado que Hartman era un enemigo, no me extrañaría nada que a Jacquot le dieran un abrazo y lo dejaran libre.

—A medias. Los del Segundo le han ofrecido un viaje a Inglaterra, si es necesario. Le consideran a él y sus tres compinches, aptos para un robo vulgar, sin que el contraespionaje inglés pueda meterse con Francia. Eso le han prometido. Dejarle suelto y encima una buena paga, cuando llegue el momento oportuno de ir a quitar la libreta al británico que la tenga. ¿Comprendes el truco? Si los pescan en Inglaterra, con las manos en la masa, serán solamente unos espías comerciales, al servicio del rumano de la «Sulfex».

—Siempre huelen a podrido las tenebrosidades del espionaje.

—Los del Segundo dicen que tienen una pista segura para encontrar al asesino de Marcel, el tipo de la varilla voladora.

—Hacen como nosotros, cuando no sabemos por dónde pisamos. Una pista segura, sobre la que se guarda la máxima discreción, es la rutina.

—La Danglas está deshecha, agotada física y espiritualmente. Quiere verte.

—¿A mí?

—Dice que sólo a ti revelará algo importantísimo.

—No me interesa, ni me incumbe. Es cosa del Segundo, ¿no? Ellos llevan el caso hasta su término, ¿no?

—La chica intentó suicidarse.

—¿Y a mí, qué?

—Conmigo, no juegues al insensible.

—¿En qué puedo yo modificar el destino que ella misma se forjó?

—Podemos ir a verla, y después, te vienes a cenar en casa. Mi costilla...

—Bueno. Como quieras. ¿Dónde encerraron a la Danglas?

—En la Fortaleza de Vincennes. Irá al tribunal militar de Alta Traición. No la fusilarán, pero algunos años de reja nadie se los quita.

Era una habitación limpia, con lavabo, cama de metal, mesita y silla. Sólo en la ventana, los barrotes de hierro revelaban su carácter de celda en prisión militar.

Denise Danglas, recogido el cabello en dos trenzas, se levantó de la silla al entrar Larzac y el comisario.

—Buenas noches, señor inspector. Deseo hablar, pero a solas, con usted.

Llevaba las dos muñecas vendadas, y fue a sentarse en la cama, debilitada aún por la reciente pérdida de sangre.

El comisario Grandjean salió, cerrando por fuera. Abel Larzac permaneció en pie, sombrero en mano, silencioso.

—Usted me dijo que podía enmendar mis errores, inspector. No quise hacerle caso. Ésta ha sido mi peor acción, porque usted perdió a su único hijo...

—¡Perdón! Le ruego que aparte de nuestro diálogo este tema. ¿Qué desea decirme sobre usted misma?

—El hombre que mató a Marcel Preval creí que era Rudolf... ¡Es Franz Hartman! No podía acercarse a mí, ni quería que nadie pudiese averiguar que sigue con vida y en París. Si me dejasen libre, él intentaría ponerse en contacto conmigo.

—Hablaré con los del Segundo, que son los que llevan ahora su caso. Es algo tarde para querer cumplir con su deber patriótico.

—Me condenarán... a muerte.

—No creo. A lo sumo, unos años de meditación. Lo que no comprendo es por qué no quiso revelar a los del Segundo quién era el asesino de Marcel.

—Porque quería verle a usted, señor Larzac, sin rencor, sin odio... Si un francés, un solo francés que ha sufrido... pudiera perdonarme, sabría esperar el futuro con resignación. Me resulta insoportable verme despreciada así, ser juguete de todos, hasta del que creí que se había apiadado de mí, y entregué el dinero, engañándome...

—Si usted mentía a los demás, no podía aspirar a otra moneda distinta. Ya que me ha llamado, le diré por qué, entonces, la desprecié. Por su fría actitud, reciente el suicidio de su amiga. Por su misma indiferencia ante la muerte de un hombre, que por alemán que fuese, la trató idealizándola, románticamente. Endurecer el corazón conduce a estos momentos en que ante la desgracia, buscamos afecto, comprensión, humanidad. Pero debemos empezar por tenerla, Denise.

Inclinando la cabeza, trató ella en vano de que su silencioso llanto no fuera visible.

—Cuando nos conocimos. Denise, usted no pensaba ni en Ginette ni en Hartman, sino en los millones de una libreta con frías fórmulas. Ahora, perdido todo, quiere encontrar la fórmula de la

felicidad. Yo creo que estriba en portarnos como seres humanos, con todos nuestros defectos, pero obedeciendo los latidos de nuestro corazón. Si le resulto anticuado, o predicador, dígamelo sinceramente.

Hizo ella algo extraño. Sin alzar la cabeza, alargó una mano, que tímidamente, buscó la del inspector. Y susurró:

—Nadie me habló nunca así, señor Larzac.

—Tal vez no le habría usted escuchado, aunque en el círculo que usted frecuentaba, el buen tono era afectar cinismo. Bien... Ahora que ha pagado muy cara su ambición, comprenderá que la felicidad consiste en saber rodearse de afectos. Medite... Y es un buen síntoma que crea siempre ver desprecio. ¿Vamos a llamarlo remordimiento, Denise?

—¡Sí... sí, señor!...

—Su llanto, ahora, es natural, infantil... Vamos, pequeña, de ahora en adelante, derroche amistad, sufra desilusiones, pero busque afectos, y los hallará. Y si yo puedo ayudarla en algo, lo intentaré. No se mortifique creyéndose una víctima. Resígnese a sobrellevar usted misma el peso de sus propias equivocaciones. Todos nos equivocamos. Y salimos beneficiados al reconocerlo y no reincidir. Buenas noches, pequeña.

La diestra que hasta entonces retuvo ella, quiso dar un apretón de despedida. Denise Danglas aplicó sus labios en el velludo dorso, y con triste sonrisa, comentó:

—Sería mucho pedir que alguna vez me visitase, señor Larzac.

—No, pequeña. Tengo mucho tiempo libre, y por lo menos, a mí puedes escucharme sin el menor equívoco. Para mí no eres una mujer bonita, sino una chiquilla que careció de una sólida mano paternal. Hasta pronto.

Abel Larzac guardó silencio hasta que el coche dejó muy atrás la prisión militar.

—Haz todo lo que puedas por la Danglas, ya que al fin y al cabo, no es más que una infeliz que creyó posible vivir sola, sin cariño real.

—Lo haré, pero aplícate el cuento. Sí, hombre, ¿o crees que no oí tu sermón a la pequeña Denise? Estaría bueno ahora que tú me salieras practicando aquello de: «Haz lo que te digo, hija mía, pero no lo que yo hago». Has de dejar ya de mortificarte a solas como un

oso huraño.

—¿No voy a cenar a tu casa? Éste es el primer paso para no seguir solitario.

—Bien hablado. Mi costilla invitó a una amiga. Josephine. Te admira hace mucho tiempo. Sólo hay dos cosas que no le gustan en ti.

—Palta saber las que no me gustarán en ella. ¿Y qué pasa conmigo?

—No le gustan tu bigote y tu cuello duro. Dice Josephine que ganarías mucho con dejarte el bigote más fino, y emplear camisas con cuello sin almidón.

—Estaría bueno que ya me quisiera ella convertir en un merengue, aun antes de siquiera conocernos...

Quince días después, el inspector Larzac llevaba camisas de cuello blando, y su mostacho se había convertido en bigotillo.

Leyó en la Prensa, la captura de Franz Hartman, y la sentencia de dos años dictada contra Denise Danglas. El decorador Dufrety estaba en Inglaterra.

Allí estaban también, junto al Támesis, Jacquot y su pandilla.

—Bonita y sensata —había dicho Larzac al día siguiente de conocer a Josephine.

Seguía teniendo la misma opinión, dos años después, cuando en batín y zapatillas, meciéndose en el balancín de mimbre, leía el periódico. Llamó:

—¡Fifine!

De la cocina, acudió su esposa, frotándose las manos en el delantal.

—Escucha un poco esto, mujer. Una noticia curiosa. Unas líneas acerca de un raro fenómeno, sucedido en un pueblo inglés de la costa. Dice textualmente:

EXTRAÑO FENÓMENO COLECTIVO

«Los habitantes de Hove-on-Sea han permanecido durante cerca de unas dos horas sumidos en un inexplicable letargo, ayer al mediodía.

»La teoría más plausible es la que sugiere una intoxicación colectiva producida por emanaciones de origen

aún no determinado. Todos los habitantes de Hove-on-Sea declaran que de pronto se durmieron, despertando unas dos horas después, sin daño alguno, ni molestias.

»Se indaga sobre dos camiones que pasaron por todas las calles del pueblo. Es posible que el gas del combustible quemado por los motores de dichos camiones, contuviese un extraño tóxico narcotizante.

»Las conjeturas y cábalas son muy diversas y para todos los gustos».

Abel Larzac doblando el periódico, preguntó:

—¿Qué opinas, Fifine?

—Eso de los gasógenos, a la larga traerá complicaciones, ya verás.

Regresó ella a su cocina. El inspector pensó en «Inertia», el gas del suizo Egon. Y elaboró una teoría. El Estado mayor inglés haciendo prácticas secretas. Un medio incruento de vencer. Dormir al enemigo, desarmarlo. Utopías. Como lo eran las de Julio Verne, años antes de ser una realidad.

Hacía más de un año que no visitaba a Denise Danglas. Ya tenía ella un visitante. Un honorable comerciante nativo del mismo pueblo que ella.

Cierta tarde, Larzac fue a investigar la presencia de un supuesto asesino, que se suponía alojado en un hotel. Un hotel honorable.

Pestañeó al reconocer a la telefonista, cuando hubo comprobado que no se alojaba allí el sospechoso.

—Buenas tardes, señor Larzac. No puede figurarse cuánto me alegra volver a verle.

—Y yo, también yo, Denise.

—Hace ya dos meses que estoy aquí ahorrando el sueldo de una telefonista. Mi marido es el dueño del hotel. Éramos del mismo pueblo, como usted sabe... Venía a verme en la prisión... Es un buen hombre.

—Magnífico, entonces. ¿Y qué sabe de Dufrety?

—Se quedó en Inglaterra. Vendió su casa de Neuilly. Y se jasó... ¿a que no adivina con quién?

—Con su ama de llaves.

—¡Caramba! ¿Cómo pudo adivinarlo?

—Nada de prodigioso. Los polos opuestos se atraen y forman sólidos matrimonios. Celebro que así sea, Denise.

En la calle, el inspector Larzac sentenció mentalmente, sin gran originalidad:

«El tiempo es el mejor bálsamo, porque nos da la apacible conformidad de aceptar la vida tal como es, y no como quisiéramos que fuese en los años juveniles».

Denise Danglas ya no era una ambiciosa con frías sombras en rededor. Tenía la compacta solidez de la sombra protectora de su marido. Y era así la vida.

Poseer alguien con quien compartir el diario respeto a la rutina.

FIN



FORMULA PARA MATAR

por Clark Carrados

Por encima de la cabeza de «Media Ceja», situada a un nivel inferior a la suya, Morgan alargó la mano y apresó el apéndice nasal del otro hampón, retorciéndoselo cruelmente. Pegó un par de brutales tirones, que arrancaron sendos chillidos de los labios de Abe y luego retrocedió un paso, agarrando con la mano izquierda las solapas de la chaqueta del otro.

Abe se agarró la nariz con ambas manos. El dolor que sentía era insufrible y le hacía olvidar cualquier otra cosa. Mientras tanto, Morgan metía la mano en el interior de la chaqueta de «Media Ceja» y se apoderaba de su pistola.

«Media Ceja» cayó de rodillas al suelo, aturdido por el primer golpe, del que no se había rehecho todavía. Morgan retrocedió dos pasos, tiró del cerrojo de la pistola, a fin de comprobar efectivamente su carga, y luego encará el arma hacia los dos pandilleros.

Morgan había ideado algo que le convertía en un hombre demasiado peligroso... ¡y que por lo tanto debía ser eliminado!

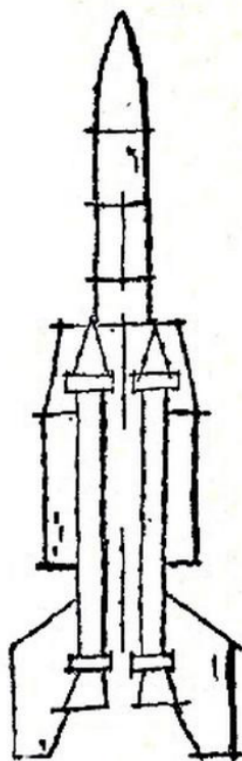
Porque Morgan había inventado una

FORMULA PARA MATAR

título de la sensacional novela que aparecerá en nuestro próximo número

Los cohetes

WIM DANNAB



Los actuales cohetes son un anticipo del mundo futuro: niños mimados de la técnica, armas poderosas, vehículos ultrarrápidos, naves del espacio, con ellos toman cuerpo los más audaces sueños del hombre.

La clara y sintética exposición del presente volumen constituye el primer testimonio de la Era que acaba de empezar.

Aquí están todos los modelos de cohetes que hoy se conocen, desde el proyectil antitanque al coloso que pone en órbita un satélite artificial.

Un catálogo que mañana servirá a la historia.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



**ESO TIENE
VETERANO**

un
VETERANO SABOR



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain

NOTAS

[1] Mote dado a quienes, por unas u otras razones, alternaban con los alemanes. < <

[2] Los hampones de Marsella son apodados así, equivalencia a sus cofrades parisienses, los apaches. < <